

Amigos con derecho a amar

Fermín Ignacio Torres Beltrán

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

El frío de la madrugada invernal del 12 de julio se sentía en toda la ciudad. Las pequeñas estrellas que se visualizaban decoraban el gran cielo nocturno. Calles desnudas de automóviles con sus ruidosos bocinazos se observaban. La ausencia de caños de escape que despidan gasolina cada vez que un vehículo comenzaba a avanzar a toda velocidad, creaba un aire puro y saludable. Parques y plazas como la del barrio Congreso oscuras y solitarias se apreciaban. Los carteles que exponían los distintos programas y novelas televisivas apenas se alcanzaban a ver entre las sombras de la oscuridad. Pasaban por delante de una pantalla que exhibía publicidad y los rostros se les iluminan por completo. Ventanas de departamentos y edificios que mostraban paisajes oscuros se miraban en lo alto. Persianas metálicas bañadas de grafitis cubrían la entrada de los negocios de la avenida Santa Fe. Semáforos que cambiaban de color sin que ningún vehículo circule para obedecerles. Personas dormitando en las veredas, ocultos debajo de mantas y frazadas para evitar que la helada le impida conciliar el sueño. Algunos buscaban la posición adecuada para dormir encima de cartones. Otros, en cambio, poseían una cuota de suerte y se los veía descansando arriba de colchones. Las paradas de los colectivos de línea vacías se encontraban. Buenos Aires dormía profundamente logrando que Alberto pudiera conducir rápidamente hacia el hospital Garrahan.

Él no se hallaba durmiendo en su cama como horas atrás lo hacía.

Flashback

La oscuridad reinaba en la habitación del matrimonio Álvarez. Alberto, roncaba intensamente, impidiendo que ni el zumbido de una mosca lo despertase. Margarita, su esposa, en cambio, no había podido pegar un ojo en toda la noche.

Eran las 2:00 a.m. y su cabeza no paraba de pensar. Vivir aquella situación no la sorprendía a ella. Últimamente había sufrido insomnio en las noches. Pensaba como lidiaría con su vida de allí en adelante. Sabía que dentro de seis horas llegaría una persona que estaba esperando hace tiempo ya. Recibir a Felipe no sería fácil para Margarita. Es verdad que ella soñó mucho con aquel momento, no se los voy a negar. Aun así, allí, recostada en esa cama al lado de su esposo, a seis horas de someterse a la cesaría, tenía miedo. Aquel maldito temor a equivocarse. Ese terror de no poder ser la madre que esperaba su hijo.

Típicos miedos de una mamá primeriza

Al ver que no lograba cerrar los ojos ella se despojó de las sábanas y frazadas que poseía encima. Lentamente y con todos los movimientos planificados en su mente comenzó a bajar primero una pierna. El problema se presentó cuando tuvo que buscar la manera de apoyar la otra en el suelo. Pensó por un momento y volvió a pensar. Examinó la situación unos instantes. Planificaba cada movimiento y reflexionaba sobre sus probabilidades de éxito. Unos pocos de segundos más le bastaron para darse cuenta de que las manos serían unas buenas herramientas para conseguir su propósito. Colocó la pierna derecha entre sus dedos y la empujó hacia el borde de su lado para luego dejarla caer como una bolsa de papa al piso.

Ya con los pies en el suelo se vio obligada a comenzar a lidiar con su tronco. Aunque antes de empezar revisó a Alberto. Se movía para todas direcciones pero ni el más ruidoso bocinazo de un colectivo de línea lo podía despertar. Como lo envidiaba, Margarita deseaba estar tan tranquila como él. Aun así, volvió a concentrarse en su objetivo. Aquello era más fácil. No fue necesario que gastase ni un segundo más, ya lo tenía todo planeado en su cabeza. Apoyó con firmeza su codo izquierdo sobre el colchón. Tomó aliento e inició a empujarse hacia arriba ayudándose con la articulación apoyada.

Objetivo completado. Ahora, sentada en el borde de la cama, tenía que preocuparse por hallar la forma de ponerse de pie. ¡Que desafío la verdad! Sus ojos se dirigieron para todos lados buscando un objeto que la auxiliase en su propósito. Para su fortuna allí, a la derecha de ella, se encontraba la mesita de luz, lista para ayudarla. Margarita colocó su mano izquierda encima de la cómoda, Descargó todo el peso sobre los pies, acercándose lo más que pudo al borde y, mentalmente, contó progresivamente. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! Empezó a impulsarse hacia arriba, llevando su cabeza al techo. El rostro rojo como un tomate lo tenía producto a la fuerza que ejercía.

De pie junto a la cama cogió su bata, se la puso con movimientos lentos, delicados y se calzó sus blancas pantuflas. Salió de la habitación con cautela, prestándole atención a Alberto para que no se despierte.

Aunque no se alejó mucho del cuarto. Dio unos pocos pasos hasta llegar a la siguiente puerta. Bajó el picaporte con un extremo cuidado, la empujó y observó, con cierta emoción, el paisaje que se mostraba frente a ella.

Las paredes celestes que, sobre ellas, se dibujaban grandes cigüeñas blancas con llevando una bolsa en sus alargados picos. Los peluches que se esparcían en toda la habitación parecían estar esperando al nuevo miembro de la familia. La cuna que, entre las rejas de madera,

se exhibía un pequeño sonajero, era perfecta. Las cortinas, el piso, la luz natural que entraría al amanecer, todo fue ideal en aquel cuarto.

No se atrevió a ingresar. Apoyada sobre el marco de la puerta apreció el sitio. Allí, frente a ese lugar, pensó en todo lo que estaba por venir. Noches enteras sin dormir, cambiar los pañales cada vez que ocurriría un accidente vaginal o intestinal. Mamaderas tiradas por todo el departamento. Desorden, desorden y más desorden. Eso se avecinaba. Pensó por un instante y se preguntó si ella era capaz de lidiar con aquello. Todavía no poseía ninguna respuesta pero no tardaría en tenerlas. Acarició su barriga como protegiendo a su bebé que se encontraba en el interior.

Fin del Flashback

Había llegado la hora. Eran las 7:15 a.m. y faltaban unas pocas cuadras para llegar al hospital. El cielo oscuro seguía. Las luces del auto alumbrara la calle asfaltada. Una baja temperatura todavía hacía titiritar a las pocas personas que comenzaban a transitar por la ciudad.

Los dos en silencio se hallaban. Cada uno sumergido en sus pensamientos, en su mundo. Alberto, por un lado, no podía creer lo que le estaba ocurriendo. ¡Iba a ser papá!...Aun así se preguntaba si se encontraba realmente listo para desempeñar aquella tarea. Fue entonces cuando maldijo por no haber oferta de cursos que enseñasen a como ser padres.

Aunque los invito a reflexionar por instante, ¿una persona nace sabiendo como ejercer el papel de papá? Yo por lo menos no conozco a ningún hombre que haya nacido con ese don. Aquello se aprende con el paso del tiempo. Millones de errores pueden cometer. Pero de esos, ayudan a los hombres a aprender cómo ser padres. Se los puedo asegurar.

¿De Margarita que puedo decir? Rodeados de ojeras se hallaban sus ojos. La mirada le pesaba una tonelada. El cansancio dominaba su cuerpo impidiéndole tomar noción del tiempo. Solo se tocaba la barriga, pensando que Felipe ya iba a llegar.

Un pequeño bolso que contenía todo lo necesario para sobrevivir en el hospital hasta que los médicos le dieran el alta, llevaban en el asiento trasero.

El rugido del motor empezó a bajar su volumen de repente. Las ruedas iniciaron a dar sus últimas vueltas y el edificio desde cerca ya se podía ver. Una pared repleta de ventanas te brindaba la posibilidad de observar hacia el interior que estaba iluminado por incontables luces. Columnas de gigantes sostenían el techo que te acogía al ingresar por las

puertas automáticas de la entrada. Todo parecía perfecto, a excepción de un pequeñísimo detalle.

Antes de llegar al ingreso, dos grandes tramos de escaleras les dificultaban el paso. Una larga rampa se ubica al lado de este obstáculo pero, aun así, Margarita no se encontraba en condiciones para subirla a pie. Alberto quería saber que maniobra iba a inventar para poder subir a su mujer embarazada a punto de someterse a una cesaría. Ambos como estatuas se quedaron por un momento pensando y evaluando las diferentes opciones que poseían para superar aquel obstáculo. Pensaban y volvían a pensar pero sus mentes vacías seguían, no había caso. Margarita sentía las patitas de Felipe empujando contra su panza. En cambio, a su esposo, se le encendió la lamparita de las ideas. Le advirtió a la mujer que no se mueva de allí, no tenía por qué preocuparse, él ya volvería.

Y así fue. Alberto abrió la puerta del auto y salió hacia la calle. Dirigió su mirada a ambos lados para verificar que no corría peligro de ser atropellado por un vehículo. Fue entonces cuando cruzó todo el asfalto que se extendía a lo ancho con una cierta velocidad en sus pasos. Subió las escaleras con aire fastidioso. Caminó hasta el interior del hospital atravesando una de las puertas automáticas que se había abierto cediéndole el paso.

Una vez dentro del establecimiento pudo observar el gran espacio que se alzaba a su alrededor. Altas paredes blancas llegaban hasta el inalcanzable cielo raso. Allí, en el techo, una gran variedad de luces led se ubicaban con la intención de iluminar aquel inmenso lugar. En cada extremo diferentes puertas se observaban que conducían a distintos sectores. Una larga fila de asientos azules se localizaba a la derecha e izquierda de la recepción. Pizarras se colgaban de las paredes exponiendo carteles que anunciaban; "SE BUSCA" y, debajo de este enunciado, se exhibía una foto de un niño o niña desaparecido. Junto a la imagen se podía leer información sobre ese caso en particular. Nombres y apellidos completos, edad de la persona perdida, la fecha que se había extraviado y un teléfono de contacto al cual comunicarse si se sabían noticias del menor.

En el centro del lugar un mostrador en forma de círculo se veía al entrar. Dentro de él una mujer con ambo celeste se hallaba sentada frente a la computadora tecleando quien sabe qué. Sin embargo, Alberto no dudó ni un instante en acercarse.

-Buenos días-dijo el hombre con la intención de ganarse la atención de la secretaria. Esta, al escuchar dichas palabras, se le esfumó la concentración que poseía y fijó su mirada a Alberto. Él, al observar que había logrado su objetivo, prosiguió:-Mire, mi esposa tenía un turno para una cesaría con el doctor Ramírez...

-Diríjase por la puerta de la izquierda-la mujer señaló con su dedo índice la abertura correspondiente-camine hasta el fondo del pasillo y doble a la derecha. Allí encontrara un ascensor, suba al piso 2 y pregunté por el médico que busca.

Alberto, miró por un momento a la mujer con ojos que expresaban confusión.

-Yo agradezco toda la información que me ha dado-agradeció el confundido-pero quería saber si me podía prestar una silla de ruedas. Es que mi esposa está a punto de tener nuestro hijo y no se encuentra en condiciones de subir esa rampa a pie.

-¡Ah! Pero que estúpida-exclamó la secretaria, soltando una risa falsa para corregir aquel absurdo error-si claro, espere un minuto, por favor.

Acabó de decir esto y, rápidamente, la mujer desapareció de su puesto. Alberto dejó escapar un suspiro de la boca y pensó: "y a estas personas le confían las vidas de la gente". Pasaron unos segundos cuando vio que ella traía empujando la solución del problema.

-Gracias señorita-dijo el hombre cuando le entregó la silla de ruedas que tanto buscaba.

Al terminar los agradecimientos correspondidos, dio media vuelta y partió de regreso al auto donde Margarita lo estaba esperando con un poco de impaciencia. Salió del hospital, bajó por la rampa, cruzó la calle, e ubicó el asiento con ruedas al lado de la puerta del acompañante para poder ayudar a Margarita a sentarse en la silla que le había traído su marido.

Primero Alberto tuvo que asegurarse de que aquel armatoste no se moviera. Para eso comenzó a tocar todo el objeto en busca de algún tipo de traba. Su mano palpó el aro de la rueda (metal en forma de círculo del que se agarra para autopropulsarse) hasta llegar a una palanca. Alberto la empujó hacia adelante para hacer tope. Una vez que lo hizo supuso que, del lado izquierdo, tenía la obligación de repetir el mismo gesto. Y así fue. Al hacerlo nuevamente, la silla se quedó inmóvil como si estuviese enterrada en arena movediza. Luego abrió la puerta del auto para empezar a ejercer una fuerza inimaginable.

Margarita se encargó de apoyar sus pies en la vereda. Ella extendió ambas manos para que su esposo las tomara. Él le hizo caso cogiéndolas rápidamente. Fue entonces cuando Alberto respiro hondo y empezó a empujar a su mujer hacia arriba para que, ponerse de pie, no le cueste un esfuerzo mayor. Una vez parada, Margarita se agarró de los hombros de Alberto para no perder el equilibrio. El hombre la sujetó con todas sus fuerzas y, con movimientos cautelosos, logró sentarla en la silla de ruedas

que tanto quería.

Destrabó las dos trabas, cerró la puerta del auto, colocó sus manos sobre ambas manijas y, los futuros padres, se embarcaron hacia el hospital. En el caso de Alberto, por segunda vez. Hicieron el mismo recorrido que hizo el marido de Margarita pero, en esta ocasión, subieron la larga y empinada rampa. Ingresaron al edificio por las puertas automáticas e, inmediatamente, Alberto siguió las indicaciones que le había dado la secretaria para llegar al lugar que deseaban. Empujó al asiento-móvil hasta el fondo del pasillo, se topó con un ascensor, entró con Margarita sentada en la silla, pulsó el botón donde se observaba el número 2 y se cerraron las puertas. Por unos segundos estuvieron allí solos, clavándose las miradas a través del espejo que se colgaba de la pared. En aquellos pequeños instantes se dijeron todo lo que no podían expresar en palabras. Tras momentos más de espera el ascensor se detuvo, cediéndoles el paso.

Se bajaron de él y se hallaron en una nueva sala de espera. Ni Margarita ni su esposo se molestaron en fijarse en la belleza del ambiente, pues la ansiedad los reinaba por completo. Alberto se acercó al mostrador donde dos enfermeras se encontraban atendiendo al público. Él le informó a una de ellas que su esposa tenía un turno para realizarle una cesaría con el doctor Ramírez. La secretaria, al ver la gran y redonda barriga de Margarita, no dudó en acompañar al joven matrimonio a la habitación donde prepararían a Margarita para someterse a la cirugía prevista.

Salió de su puesto y le ordenó al matrimonio que la siguiera. Ellos comenzaron a caminar detrás, excepto Margarita que se hallaba rodando sobre ruedas. Hasta la mitad del pasillo se dirigieron para luego doblar a la derecha. Marcharon hacia el fondo. Eso sí que era un verdadero laberinto. Girar, seguir, dar vueltas, volver atrás. Alberto había perdido la noción del tiempo ya. No sabía con exactitud los minutos que se pasaron recorriendo el hospital.

Atravesaron una puerta en donde se veía un cartel con el rótulo: "ZONA RESTRINGIDA. SOLO PERSONAL AUTORIZADO". Siguieron un par de metros más hasta llegar a otra abertura. Esta vez el anuncio que se colocaba arriba de ella leía, con grandes y llamativas letras el siguiente texto: "QUIRÓFANO". Antes de entrar a la sala de operaciones los enfermeros que allí esperaban a la paciente, ayudaron a Margarita a recostarse en una camilla.

-El doctor Ramírez está esperando adentro.-Le informó la enfermera que los llevó hasta allí a Margarita

-Usted espere aquí afuera por favor.-Le dijo amablemente uno de los enfermeros al futuro papá.

Acto seguido, Alberto le dirigió la mirada a Margarita por un instante. Avanzaron con la camilla hacia al interior del quirófano. Fue entonces cuando los ojos de su mujer se les perdieron. Al quedarse solo en el largo pasillo se sentó en uno de los asientos que se ubicaban contra la pared. Pues iniciaba una eterna espera.

El tiempo empezó a transcurrir, los segundos caminaban con si les pesara los pies. Los minutos marchaban como la caminata que posee Sid, el perezoso de la película "*Era del hielo*". Por no mencionar a las horas. Pasaban como si fuese miel que caía desde un cucharón gigante a un hondo tarro, espesa y paulatinamente. Ahí esperó el hombre, buscando distintas maneras de sentarse para evitar provocar un calambre en sus músculos. A veces, se ponía de pie y comenzaba a caminar a lo ancho del pasillo. Iba y venía. De vez en cuando se quedaba del lado de la pared, apoyando la espalda y su cabeza contra ella. A ratos le echaba un vistazo a su reloj de mano. La aguja avanza y daba vueltas sin parar. El tic-toc que indicaba el pasar del tiempo era lo único que oía Alberto en ese momento. Miraba como diferentes personas egresaban e ingresaban del quirófano. Nadie le decía nada. Una, dos, tres horas habían pasado ya y el hombre ninguna noticia tenía.

Sin embargo la larga espera valió la pena. Entre la muchedumbre que circulaba por el lugar apareció el doctor Ramírez mostrando una extrema seriedad en su rostro. Alberto, al verlo, no dudó en acercarse con la esperanza de conseguir novedades sobre su esposa.

-¡Doctor!-Le gritó mientras caminaba hacia él.- ¿Cómo esta Margarita? Su esposa se encuentra bien-le informó el médico.-Pero su hijo no se halla en buen estado.
¿Qué?-el rostro de Alberto palideció.- ¿Qué le pasó a mi niño?

Ramírez respiró hondo para darle la devastadora noticia.

-Mire-comenzó a explicar el doctor-en el momento de la cesaría se produjo una falta de oxígeno en la parte que se encarga del aspecto motriz del cerebro de Felipe.

-¿Eso qué quiere decir?-Preguntó Alberto sintiendo el latir de su corazón apretándole el pecho.

-Todavía no tenemos su diagnóstico definido pero es probable que Felipe tenga dificultades para caminar-declaró Ramírez.-Es más, creemos que deberá trasladarse en una silla de ruedas durante gran parte de su vida-tras un momento de silencio incómodo donde la vacilación no faltó, el doctor dijo:-Nos vemos luego.

Dicho esto el médico dio media vuelta y comenzó a caminar, perdiéndose entre la multitud. Mezcladas estaban las ideas en la cabeza de Alberto. Pensaba en lo que tenía que vivir ahora teniendo un hijo discapacitado.

Capítulo 2

Capítulo 1: Micaela

12 de julio de 2017

Desde la cocina Margarita caminaba hacia el comedor llevando, encima de sus manos, una torta que exponía los dos números que formaban el catorce sobre ella. Los platos donde se observaban diferentes aperitivos ya vacíos se hallaban. Al ver esta imagen, Felipe se sorprendió porque no le cabía en la cabeza la idea de que sus abuelos, tíos y primos posean un estómago sin fondo. Sentados alrededor de la mesa estaban todos sus familiares, los únicos invitados. Aunque cada uno sumergido en su mundo.

Por ejemplo, Agustín y Sebastián, los pequeños mellizos de la familia Álvarez, jugaban en un rincón a ser guerreros que luchaban por sus ficticios reinos. Las agudas voces de su tía Alicia hablando con la abuela Marta no podían faltar. Intercambiaban los últimos chismes del barrio. Eran esas típicas personas que sabían quién estaba embarazada, quienes se habían divorciado, el modelo del auto de la vecina. En fin, tenían conocimiento de absolutamente todo. Ibas al baño y entre las dos se encargaban de divulgar el chimento hasta que se entere el presidente de la nación. Así que si te cruzas con una de ellas ten cuidado con lo que haces. En cambio, Alberto y su suegro Martin se la pasaban conversando de política y debatiendo sobre que equipos futbolísticos corrían peligro de descender a la B Nacional. Pero, aun así, ni los chimentos, ni la política o el fútbol, eran tema de interés para Felipe.

El muchacho solo allí se hallaba, sentado en la cabecera, como siempre. Aquel era el paisaje de todos los años, sin nada nuevo que le llamara atención, sin ninguna modificación por la cual sorprenderse. Los mismos invitados, el sitio igual y un horario que nunca cambió. ¡Qué aburrido! pienso yo.

La madre del cumpleaños colocó la torta enfrente de él suavemente. Por unos segundos, Felipe clavó la mirada en los ojos de su madre. El anfitrión tuvo la capacidad de percibir la felicidad y satisfacción que irradiaba Margarita. Ella se emocionaba cada vez que veía a su hijo triunfar. Era un gran ejemplo de vida para la mamá. Sin querer, día a día le enseñaba como ser mejor persona. Cuando el doctor Ramírez le dio la noticia sobre Felipe, Margarita procuró hacer todo lo posible para que él lleve una vida normal como los demás. Detestaba ver llorar a Felipe cuando llegaba del colegio. Creo que ya se imaginan la razón. Por ese motivo y muchos más que no voy a nombrar porque puedo estar hasta mañana haciendo una larga lista la lucha de Margarita defendiendo los

derechos de su hijo era constante.

En fin, la madre del chico prendió con un encendedor las dos velas y los invitados sacaron a la vista sus teléfonos móviles para fotografiar el momento. Las chispas de la bengala no demoraron en salir. "Aquí vamos de nuevo", pensó Felipe. Los familiares unieron sus desafinadas voces en un coro cantando el feliz cumpleaños. Y, aunque Felipe haya pasado catorce veces por aquella situación, todavía no sabía que expresión aparentar con su rostro. No le gustaba ser el centro del mundo, le generaba cierta incomodidad enfrentar esa escena. Prefería interpretar papeles secundarios. Pues que mala suerte para él, es su historia la que voy a contar y no puedo poner como personaje principal al abuelo del chico. Cada uno tiene que ser el protagonista de su propio cuento.

El caso fue que Felipe pensaba como su cumpleaños podría ser igual todos los años.

Flashback

Eran las 7:00 a.m. y la alarma del celular de Felipe comenzó a retumbar. El chillido que, poco a poco, aumentaba su volumen, aturdió los oídos del muchacho cada vez más. Aun con los ojos cerrados, el chico extendió su mano hacia la mesita de luz. Palpó el mueble en busca del culpable que provocaba aquel molesto sonido con la única intención de detenerlo por una vez. Al encontrarlo sintió la constante vibración del móvil sobre sus dedos. Como odiaba ese momento del día. Levantó la cabeza de mala gana apoyando el mentón sobre la blanca y suave almohada. Se fregó los ojos para aclarar su borrosa vista. Colocó su pulgar encima de la pantalla y lo deslizó hacia la derecha, dándole fin al insoportable ruido. Dejó caer el teléfono sobre las sábanas y, por un instante, contempló en silencio el cielo raso.

Pensó en la materia que tenía en la primera hora del colegio. Historia no sonaba nada bien. "Ahí tengo una hora más para dormir", se dijo Felipe para sus adentros. Este chico debe ser una de las pocas personas que sabe lo que va a vivir en el día. Se levantaría, desayunaría un gran desayuno en calorías y, acompañado por Alberto, iría hacia la misma porquería de todos los días.

Fue entonces cuando se decidió a levantarse de la cómoda cama. Se sentó al borde y comenzó a ponerse el uniforme que Margarita le había dejado preparado la noche anterior. Para hacerlo tuvo en cuenta todos los consejos de su terapeuta ocupacional. A la hora de colocarse el pantalón, por ejemplo, apoyó el pie izquierdo sobre la rodilla derecha. En ese momento introdujo su peluda pierna dentro de la prenda. Estiró su extremidad lo más que pudo y tiró hacia arriba. Repitió el movimiento pero esta vez llevó su rodilla al pecho. Una vez con las dos dentro del

pantalón se acostó nuevamente en la cama. Afirmó los pies sobre el colchón, levantó la cola y, con ambas manos, se subió la prenda de vestir.

Llegaba el momento de cubrir su desnudo torso. Fue cuando se sentó de vuelta. Acto seguido tomó la blanca remera que correspondía al uniforme escolar y la depositó sobre el regazo. Primero metió su cabeza para luego introducir los brazos por sus respectivos huecos. Aun así, el problema realmente se presentaba cuando debía ponerse las medias. Había un único secreto para ello; asegurarse que la parte del talón quede para abajo. Se le hacía tan difícil aquel paso porque no lograba reconocer esa zona de la media. Por esta razón, decidió pedirle a su padre que se las ponga.

En aquel instante, empezó a realizar los movimientos adecuados para pasarse al asiento con ruedas que estaba en la misma posición; con ambas trabas frenadas, colocada en un ángulo de cuarenta y cinco grados aproximadamente. Entonces colocó su mano izquierda sobre el almohadón de la silla y otra encima del colchón. Fue así como empezó a mover su trasero ayudándose con fuerza de sus brazos. Cuando por fin logró sentarse destrabó las trabas, dio la vuelta y, con el par de medias sobre la falda, emprendió el recorrido hacia el comedor.

Abrió la puerta de la habitación permitiéndose salir. Remo (se le llama remar a autopropulsarse) hasta llegar a su destino. Efectivamente, arriba de la mesa un gran desayuno se mostraba como él lo supuso. Distintos platos con galletitas de todo tipo estaban allí. Chocolates que siempre se colocaban en el centro no podían faltar. El jugo Baggio adoptó el mismo aspecto sabroso. Los confites pintaban de diferentes colores aquel repetitivo momento. Pero un cartel, decorado con coloridas letras en donde se leía: "FELIZ CUMPLE FELI, TE AMAMOS" y debajo se veían los receptores de ese mensaje: "MAMÁ – PAPÁ". No sabía porque sus padres se esforzaban por llenar la mesa de comida, pues con una taza de chocolatada caliente bastaba. Aquello era una escena que ya había visto.

Cuando decidió rodar hacia su lugar, Margarita se asomó desde la cocina.

-Miren quien se despertó-dijo dibujando una sonrisa en el rostro-feliz cumpleaños, mi amor.

Al terminar con su tarea, se acercó a él secándose las manos con un trapo. Cuando estaba frente llenó de besos la cara del hijo y lo abrazó tan fuerte que, por unos segundos, le faltó aire para respirar. Odiaba esos momentos en los cuales Margarita se ponía amorosa al nivel extremo.

Acto seguido, su madre hizo un comentario sobre la producción del desayuno y lo empujó, con cierto entusiasmo hasta la mesa. Fue

entonces cuando Felipe agarró la taza con ambas manos y tomó un sorbo de leche caliente, casi se quemó su lengua.

-¿Cuántos amigos vienen a la noche, hijo?-preguntó Margarita mientras batía el café de Alberto.

Felipe sabía que su mamá deseaba que él tenga una vida social activa como los demás pero la realidad no era tan así. Desenvolverse socialmente le costaba mucho. Eviten preguntarme el motivo pues no sé, creo que ni Felipe lo sabe. Quizá será por un miedo al rechazo. Puede ser también porque tenga un terror a la intolerancia. No es demasiado loco pensar esto ya que, lamentablemente, sufre bullying constantemente en el colegio. Margarita sabe de esta situación. Es más, en varias ocasiones ha ido a hablar con los directivos pero siempre obtiene la misma respuesta: "Quédese tranquila señora, nosotros nos encargaremos de averiguar quiénes son los culpables". Así es como luego pasan los días, meses y ella sin ninguna solución. Felipe nunca se atrevió a dar los nombres de sus acosadores, tenía pánico de que ellos se enteren y pasen el límite.

-¿Santi viene?-Interrogó su madre al ver que no escuchaba contestaciones.

Aunque cueste creerlo, en la vida de Felipe solamente había un solo amigo. Y el que ocupa ese lugar era Santiago. Aquel chico para él jugaba el rol del hermano que nunca había tenido. Con él hablaba lo que no se animaba a plantearle a su psicólogo. Santi actuaba como un refugio para Felipe. Ese muchacho con el que puedes confesarle cualquier secreto que él lo guardara muy bien. Eso era un verdadero amigo para Felipe. Horas podían pasar encerrados en el cuarto de él charlando sobre temas que le afectaban a ambos...Para decir verdad, el noventa y cinco por ciento de la conversación se basaba en los males de amores por donde andaban. Aun así, el otro porcentaje restante abarcaba una variedad de asuntos. Aquellos que le provocaban un nudo en la garganta. Que los mantenían callados, sin poder hablar. Gastaban y derramaban tantas lágrimas por esos problemas hasta llegar al punto de quedarse sin. Se acompañaban mutuamente en el dolor.

Santiago, por un lado, no tenía camino por donde caminar. Enfrentar el divorcio de sus padres era muy duro para él. Observar como los papás se odiaban lo mataba por dentro. Detestaba despertarse en las mañanas a causa de los gritos que se escuchaban en la casa. Aborrecía tener que barrer los cristales rotos después de la pelea. Nunca le dijeron el motivo de la eterna rivalidad entre ellos pero el chico sabía que los moretones y lastimaduras que se observaban en el cuerpo de su madre no se producían a causa de caídas o golpes accidentales. Aun así, él callado se mantenía, lo dominaba un miedo profundo. Tenía terror de que si abriera la boca el peligro aumentara desmedidamente. Aunque Margarita sabía

todo aquello. Desde que Felipe había entablado una amistad con Santiago, ella con la madre de él, Verónica, habían tejido una fuerte relación. Se apoyaban recíprocamente. Cuando Verónica comenzó a vivir aquel maldito infierno había encontrado en Margarita el refugio y un consuelo que nadie le otorgo. Pero Felipe no sabía que el problema existía en la familia del amigo. Sin embargo, Margarita fue una de las pocas personas que no miraron para otro lado cuando Verónica atravesaba por ese momento tan difícil. En fin, por desgracia, aquella era la cruel realidad que vivía el mejor amigo de Felipe

-No puede-le informó el chico a la madre-hoy le toca a ir con el papá.

Al oír nombrar ese desquiciado, Margarita pensó una diversidad de cosas en tan solo unos segundos. "Santi no debería estar con él, corre un gran riesgo estando allí".

¡Qué pena!-dijo Margarita para evitar que la atmosfera sea invadida por un incómodo silencio-se pierde el terrible fiestón-agregó para sacarle una sonrisa a su hijo, objetivo que no logró.

El muchacho dejó escapar un suspiro. "Si seguro...con los mellizos gritando, la tía y Marta hablando de chimentos del barrio y viendo a papá conversando con el abuelo sobre temas que a mí no me importan. Estoy segurísimo que la vamos a pasar genial", pensó sarcásticamente. Tomó una galletita del plato más cercano y, rápidamente se la llevó a su boca.

Fue entonces cuando Alberto apareció caminando por el pasillo, abrochándose el último botón de la camisa rayada.

-Buen día-saludó-feliz cumpleaños, hijo-se acercó a él y lo besó en la mejilla.

El mismo gesto repitió con su esposa y, acto seguido, ella le sirvió el café que había preparado.

-No gracias, mi amor. Llegó tarde al trabajo-rechazó Alberto educadamente al ver la taza llena arriba de la mesa-estoy apresurado.- Clavó sus ojos en Felipe y agregó:-Anda a cepillarte los dientes así te llevó al colegio.

Felipe obedeció las órdenes del padre rápidamente. Rodó hacia el baño, se lavó los dientes, luego mojó su cara para sacarse la pereza de encima. Fue al cuarto, cogió la mochila y volvió con Alberto para emprender el viaje. Ambos salieron del departamento, bajaron por el ascensor hasta llegar a planta baja. Allí estaba Ricardo, el portero del edificio barriendo la tierra que se acumulaba dentro. Él ya conocía a la familia Álvarez, hace años vivían ahí. Fue así como los tres intercambiaron amables saludos

cuando padre e hijo salieron al exterior.

Todos los días veían un mismo escenario. Ruidosos bocinazos aturdían sus oídos. Contaminado estaba el aire por la gasolina que soltaban los caños de escape. Personas caminando con sus tacones o tapados del negro traje. Estudiantes yendo para distintas universidades calzando auriculares que los alejaban de sonidos del típico Buenos Aires. Otros, en cambio, se observaban mandado audios por WhatsApp. Colectivos haciendo rugir sus motores no podían faltar. Así es la capital federal en un día laboral.

El caso es que ambos se acercaron a su auto. Alberto ayudó a Felipe para subirse en el asiento de adelante y, acto seguido, se dirigió hacia el baúl con la intención de guardar la silla de ruedas. Una vez hecho esto, se sentó delante del volante. Encendió el vehículo y emprendieron el viaje.

Ir a la escuela para el protagonista de esta historia era adentrarse en el mismísimo infierno. Ser el rarito de la clase no era fácil para él. Tener los ojos de sus compañeros mirándolo constantemente le resultaba una incomodidad inexplicable. Escuchar las risas que se provocaban por cada movimiento o acción que Felipe hacía lo torturaban, apretando su garganta con un nudo de pura angustia. El muchacho lograba controlar aquella situación. Pero sonaba el timbre que anunciaba el comienzo del recreo y todo se les iba de las manos. Esos diez minutos de tiempo libre funcionaban como zona despejada para aquellos chicos que deseaban hacerle daño.

Aun así, allí salía, con toda la valentía que poseía. Con la frente bien alta, escondiendo los miedos que tenía en lo más profundo de su interior. Yo realmente lo admiro, siempre se lo digo. Me sorprende su fuerza para seguir adelante sin importar los obstáculos que se le interponen en el camino. La constante lucha por perseguir sus sueños me asombra. Anonada me quedo cuando lo observo alentando a los seres queridos a cumplir objetivos. Emocionada me siento al verlo consolar a sus familiares cuando una tragedia los invade. Aunque no lo crean, Felipe es un gran compañero.

Lo cierto es que cuando llegaron al colegio Alberto estacionó el coche frente al edificio e hizo lo mismo, aunque esta vez en reversa. Bajó la silla y ayudó a su hijo a la hora de bajarse del carro. Fue entonces cuando empezó a empujarlo hasta adentro. Allí se despidió de él y se marchó.

Felipe dejó escapar un suspiro, se tomó unos segundos. Se hizo de valentía para avanzar hacia la tortura que lo esperaba. Allí estaba de nuevo, entre aquellos chicos que ignoraban su existencia. Varones se distinguían charlando de los últimos videojuegos que habían salido. Chicas caminaban en grupo conversando de los muchachos más guapos de la escuela. Obviamente Felipe no estaba incluido dentro de aquella

categoría.

El amor no se había hecho para gente como él, así es como lo pensaba. Las mariposas no revoloteaban en su panza hacía tiempo ya. Enamorarse para Felipe era algo tan lejano que le parecía inalcanzable. Y si alguna vez le pasaba se obligaba a olvidar aquel amorío. Simplemente por la sencilla razón de que no quería sufrir. Porque, ¿quién iba a amar a una persona en silla de ruedas, con problemas, angustias y responsabilidades que ningún adolescente debe cumplir? Malas experiencias vividas lo llevaban a tomar estas decisiones. Ellas hacen crecer los pensamientos en la mente con respecto a aquel tema. Una lluvia de sufrimiento lo mojaba y no le agradaba empaparse. Detestaba que tomen su corazón para apretarlo hasta que se retuerza del dolor. Odiaba derramar lágrimas por amor. Aunque decidido se hallaba de no humedecer más sus ojos porque una chica lo haya rechazado.

Pero para decir verdad su cabeza no se preocupaba de aquello en ese mismo instante. Más bien pensaba en el regalito especial que le tendría Gastón por ser el cumpleaños. Aquel muchacho se creía dueño de su vida. Se comportaba como si Felipe fuera una marioneta con la cual podía hacer lo que él quisiera. Aun así cuando se encontraba frente a aquel monstruo Felipe escondía el miedo en lo más profundo de su interior y mostraba la valentía que ocultaba dentro. Siempre debía aguantar su constante humillación. Se demostraba fuerte pero Felipe sabía perfectamente que no era así, A veces disminuían la angustia que poseían transmitiéndosela a otros, como es el caso de Gastón. Descargaban toda la furia acumulada por los distintos problemas que tenían sobre sus inocentes compañeros, este papel lo jugaba, por ejemplo, Felipe.

-Maldición-masculló el cumpleañosero al ver que la bestia se acercaba alojando la intención de hacerle daño.

Procuró no llamar la atención. Solo siguió el camino rodando rápidamente y sin mirar atrás.

-¡Duende!-Le gritó su apodo inventando por ese tal Gastón. Él y sus lo llamaban así por la baja estatura que poseía sentado en aquella silla de ruedas. Sin embargo Felipe continuó el recorrido, sin darle importancia al comentario del agresor. Aun así, para la desgracia de la víctima, ya era demasiado tarde para escapar. Gastón allí estaba detrás de él.-
Respóndeme cuando te hablo-Felipe se dio vuelta y pudo ver lo rojo que puso su rostro. Claramente había metido la pata. Luego, como por arte de magia, desplegó una sonrisa en la cara y agregó:-Conque hoy es tu cumpleaños.

Felipe demoró en darse cuenta de que se veía obligado a contestar.

-Si-respondió Felipe con voz segura. O al menos fingiéndola. Sé que es difícil de creer-empezó a decir Gastón-pero te tengo un regalo. Eso sí, para dártelo tienes que cerrar los ojos.

Aquí venía la humillación, lo podía sentir. Iba a contestarle aunque el miedo que dominaba su cuerpo le impidió hacerlo. Fue entonces cuando, de mala gana, obedeció las órdenes de su agresor. Cerró los ojos y, unos segundos después, Felipe sintió como la saliva de Gastón corría por su nariz. Sí, lo había escupido.

Cuando la mirada se despejó el muchacho agredido pudo ver como los otros alumnos lo miraban. Unos solamente se limitaban a observarlo. Otros, en cambio, se reían de la escena que acababan de apreciar. Deseaba dejar de hacer el papel del tonto. Quería que aquello cambié ya.

Fin del Flashback

Al terminar de oír aquella ridícula canción del feliz cumpleaños cantada por sus familiares, sopló ambas velas pensando en aquel deseo. Alojando una pequeña esperanza de que todo iba a cambiar. Lo que Felipe no sabía es que ese cambio se iría a concretar en un futuro muy cercano.

Capítulo 3

Capítulo 2: Micaela

¿Qué más le podía pasar a Felipe en aquel día? La caída de esa mañana intentando pasarse a la silla le había dejado una pequeña montaña en su cabeza. No se imaginan los insultos que se le escaparon. Después el cinco del examen de Matemática bajó su ánimo por completo, nunca le gustó esa materia. Claramente los números no era lo suyo. Aun así, ponía todo su fuerza para no cargarla hasta diciembre. Resultaría tedioso para él sacar la raíz cubica, calcular el resultado de una potenciación, resolver ejercicios de probabilidad y, sobre todo, largas cuentas de combinaciones. Pero, para que no ocurra aquello, debía sentarse-pensándolo bien, Felipe vivía sentado- y ejercitar con los números. Además, como si fuera poco, la golpiza que le había dado Gastón ese día pintó de violeta su ojo derecho. Horas pasó con hielo enfriando el moretón pero la mancha se resistía a desaparecer.

Lo cierto es que el tránsito muy cargado estaba. Los autos lentamente avanzaban por la avenida 9 de Julio. El conductor del programa radial que se escuchaba dentro del auto particular de la familia Álvarez actualizaba la información sobre cuanta temperatura hacía en la ciudad. Un silencio profundo e incómodo silencio reinaba entre Felipe y Margarita. Él trataba de buscar la manera más diplomática de que había reprobado el examen de Matemática. Ella, por su parte, pensaba en las situaciones que Felipe vivía diariamente en el colegio. Cansada se hallaba ya de concurrir constantemente a reuniones donde le decían promesas que nunca cumplían. Exhausta estaba de ver al hijo sufrir por problemas que se podían evitar. Pero esto debía acabar.

-Ese Gastón pasa todos los límites-dijo Margarita al volante, expresando toda la indignación acumulada-¿Quién se cree?

Felipe no respondió. Un comentario retorico pensó que era. Aun así, enojada notaba a su madre.

-Hijo-dijo Margarita chasqueando los dedos frente de él para sacarlo del trance-¿Qué opinas?

Cuando por fin Felipe reaccionó supo que la madre esperaba una respuesta. No sabía una contestación adecuada. Mudó se quedó por un momento buscando en su mente las palabras correctas.

-No exageres mamá-comentó y después chistó con el deseo de terminar aquella conversación.

Felipe tú sabes perfectamente que no estoy exagerando-dijo Margarita apretando suavemente el acelerador-¿O quieres hacer el papel de tonto

toda la vida?

Tenía razón en ese punto. Odiaba ser el estúpido chico indefenso del colegio. Detestaba recibir ayuda en las cosas que podía realizar solo. Aborrecía tener que jugar el rol del "pobrecito de la clase" para sus profesores. Así lo veían a él. El alumno al que tenían que tenerle paciencia. Le preguntaban una y otra vez si había entendido el tema. A la hora de dictar las actividades iban a un ritmo adecuado para que Felipe los siguiera sin ninguna dificultad, Ser el aquel muchacho "privilegiado" del salón le jugaba en contra. Para sus compañeros él era el preferido, al que todos querían, amaban y hasta respetaban. Ellos cansados estaban ya de observar como Felipe se convertía en buenito cuando, dentro de él, ocultaba un chico hecho pedazos.

El caso es que, poco a poco, aumentaban su velocidad. Dejando atrás una multitud de autos que le impedían el paso. Ahora, para su fortuna, con toda rapidez marchaban por la avenida más ancha del mundo. A aquel recorrido lo guardaba en su memoria ya. Lo hacía desde que tenía uso de razón, Como olvidarse aquella muchedumbre que desfilaba por la avenida 9 de Julio diariamente. Sacarse de su cabeza esa gran flor metálica ubicada en la Plaza de las Naciones Unidas le parecía una tarea difícilísima. Observar la colosal facultad de derecho le provocaba un impacto a Felipe al pasar por allí. Sus enormes y anchas columnas asombraban al chico. Grises aunque desgastadas se hallaban estas. Nunca pudo saber con exactitud el número de escalones que desembocaba en las entradas principales. Eran muchos. Esa característica captaba poderosamente la atención de Felipe. Menos mal que vio una larga y empinada rampa a lo largo del trayecto sino ya empezaba a quejarse en silencio de la poca accesibilidad que ofrecía el edificio.

Felipe era así. Detestaba presenciar una terrible inaccesibilidad que se apreciaba en Buenos Aires. Odiaba ver los altos escalones que exhibían distintos comercios para entrar. Ni hablar de esos autos estacionados estacionaban frente a las rampas. Cuando Margarita se cruzaba con una escena de estas, se acercaba a la ventanilla del auto y golpeaba el vidrio con los nudillos de su mano. Si se encontraba con suerte, los choferes dejaban al descubierto sus respectivos rostros. Hombres y mujeres dispuestos a escuchar estaban. De una manera muy educada y diplomáticamente les informaba que obstruyendo la rampa se hallaban. Según las personas, Margarita oía variadas respuestas. Una de ellas era; "¡Ay perdón! si ya corro el auto". Pero a veces escuchaba las estupideces más grandes del mundo; "Ya salgo señora". Cuando sus oídos eran atacados por aquellas absurdas excusas, una rabia incontrolable le empezaba a crecer en su interior. Tomándose los segundos adecuados para tranquilizarse, le informaba educadamente al chofer que aun así estaba impidiéndole el paso a personas como Felipe. Finalmente la gente sentada frente del volante caía en la cuenta de que Margarita los dejaba al ridículo y accedían a correrse. Sin embargo, no había apuro en hacerlo

pero que lo tenga presente. Cuando Felipe rodaba por las calles porteñas (por cierto eran pocas por razones que explicaremos más adelante) y observaba estas situaciones, su mente se llenaban de tres opciones:

- a) Los conductores eran tontos.
- b) Eran personas ciegas.
- c) Había individuos que creían que las sillas de ruedas no existían.

Mayormente el muchacho prefería quedarse con la última. Quería pensar en un mundo donde las personas no guardaban rencor ni odio. Aquellas que poseían una pizca de solidaridad para repartir con entre sus pares. Esas repletas de tolerancia para demostrar, con tanta paciencia hasta rebalsar. Aquel sería un país ideal. Pero claro, Felipe no creía en las cosas ideales.

El caso es que allí se hallaba. Observando los mismos paisajes, sintiendo emociones conocidas. El tiempo del recorrido variaba muy poco, la hora de partir era difícil que cambiara. Un destino inmodificable lo estaba esperando desgraciadamente. Torturas inimaginables aguardaban su llegada. Grandes esfuerzos debía hacer allí. Definitivamente, asistir a sesiones de kinesiología le provocaba un cansancio total.

Aun así, en cierto sentido, disfrutaba ir a esa terapia. Días de angustias, meses luchando, años repletos de alegría, sonrisas y risas. Aunque sea difícil de comprender, ese lugar había sido un refugio durante su corta vida. En aquel sitio podía ser el niño o adolescente que la rutina le había robado sin pedirle permiso. Travesuras hacía como nunca antes. Sin límites soñaba. Un escaso filtro poseía al expresar sus pensamientos, pues sabía que no iba a ser juzgado por lo que decía. Una persona "normal" se sentía. Sé que lo diré ahora resultará algo extraño pero, en ese escenario, no percibía diferencias. Quizá porque todos los chicos que asistían allí vivían una situaciones similares a las de Felipe. Ver a jóvenes con síndrome de Down, retraso madurativo o parálisis cerebral (como le habían diagnosticado a él cuando era bebé) fue natural con el paso del tiempo. Se acostumbró a hablar de cirugías. Oír términos como espasmos, colapsos, espasticidad, hipertonia, tono muscular era común para Felipe.

Lo cierto es que pocas cuerdas faltaban ya. Hasta ese momento, cadenas de silencio había acorralado a los dos. Aun así, Margarita tuvo la valentía suficiente para intentar escapar de aquello.

-¿El sábado quieres ir al shopping a cambiar la remera que te regalo Alicia?-interrogó.

Otra vez, como todos los años, su tía había comprado sin tener en cuenta el tamaño del cuerpo de Felipe. Se preguntaba porque obsequiaba siempre lo mismo. "Uno, dos, tres", piensa él y, luego, asiente sin ningún problema... ¿Les cuento un secreto? Entre nosotros, Felipe muere por

poder ir al centro comercial todos los fines de semana.

Fue entonces cuando, entre altos árboles, apareció un edificio que le parecía familiar. Claro, allí en un primer piso había conocido a su primer y única kinesióloga. A aquellos que nunca han oído hablar de esta profesión, les explico que trabajan para fortalecer los músculos y huesos del paciente. Así, logran una mejor calidad en su vida. Aun así, no realizan lo mismo. Existen muchas ramas que posee este trabajo pero, con algunos tienen metas distintas. Por ejemplo, hacen ejercicios para que el chico tenga buena postura al sentarse. O, más bien, se concentran en la marcha (vulgarmente llamado caminar) del paciente.

Luego de mi maravillosa e increíble explicación (me sentí la gran maestra cuando escribí esa frase) me veo obligada a seguir contándoles esta historia.

Como iba escribiendo, Felipe sabía que en el primer piso, departamento A, lo esperaba Mariana su kinesióloga desde sus ocho meses de vida. Además, era una segunda mamá. Margarita estacionó, se bajó del vehículo, sacó la silla del baúl y ayudó a Felipe para bajarse. Cuando por fin logró sentarse, Margarita cerró el auto. Fue así como Felipe rodó hacia la entrada principal, empujado por su madre. Allí, ella fue quien presionó el portero eléctrico. Bastaron unos segundos de espera hasta escuchar a Mariana a través del parlante. Les habilito el ingreso y Margarita empujó la pesada puerta de vidrio.

Un iluminado hall por luces led los recibió. Sin dudar dirigieron sus cuerpos hasta el ascensor. Entraron a él, Felipe pulsó lo que debía pulsar y las puertas se cerraron de repente. Margarita clavó la mirada en el espejo donde encontró el rostro de su hijo. Asombrada se quedó al pensar que, catorce años atrás, había vivido aquella misma escena. Felipe le enseñó un mundo desconocido. Gracias a él, conoció chicos invisibles para la sociedad argentina. Esos a los que las personas observan. Aquellos pobrecitos del mundo, dependientes. Sin aspiraciones, sueños, metas, objetivos. Desde ya les digo que son simples mitos urbanos. El protagonista de esta historia detestaba escuchar estos estereotipos porque no era así. ¿Felipe es diferente? Por supuesto, un mundo donde todos seamos iguales sería aburrido.

Un estruendoso rebote del ascensor anunciaba la llegada al primer piso. Automáticamente las puertas se abrieron y un largo, estrecho pasillo observaron. No les fue difícil hallar el departamento, pues conocían los ambientes del edificio. Margarita tocó timbre, como siempre. Unos segundos aguardaron hasta que Mariana apareció. El ambo, que cubría gran porcentaje de su cuerpo desnudo, poseía un llamativo color fucsia. Su castaño cabello sujeto por coleros despojaban sus oídos, unos blancos

aretes los decoraban.

Mariana se agachó para saludar a Felipe. Luego repitió lo mismo con Margarita. Sin perder mucho tiempo entre besos y saludos le cedió el paso hacia dentro. Una sala de espera se mostraba. Aun así, pocas sillas verdes oscuras había. Un pequeño televisor apagado, colgado estaba. El mostrador vacío por detrás, aunque los papeles de obras sociales y órdenes médicas no podían faltar. Lo cierto es que, como siempre, Margarita intercambió unas palabras con Mariana para luego retirarse. Así fue. Cuando los dos se quedaron solos, Mariana procedió a llevar su paciente hacia el consultorio.

Llegaron hasta allí y, ante los ojos de Felipe, se montó un paisaje conocido para él. Colchonetas tiradas en el piso, juguetes esparcidos por todas partes se hallaban. Los rodillos junto con las pelotas posaban en un rincón. Grandes cubos de madera funcionaban como mesas. El termo medio lleno acompañado por un mate lavado era indispensable. Si no me creen, pregúntenle a los espejos que reflejaban lo que estoy describiendo. Las plastilinas pegoteadas le recordaban cuando él jugaba con ellas para olvidarse que su cuerpo estaba sometido a dolorosos ejercicios. Pensándolo bien, cuantos recuerdos y anécdotas guardaba Felipe entre aquellas cuatro paredes.

Flashback

Hace siete años aproximadamente, era una mañana próxima al 2 de abril cuando el muchacho preguntó algo que quedaría en el recuerdo.

Pero para contar esto me veo obligada a aclarar que el dos de abril en Argentina se conmemora el "Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas" con la intención de recordar a los muertos de la guerra que este país tuvo con Inglaterra por la posesión de las islas Malvinas.

Dos niños trabajando con sus respectivas kinesiólogas, creaba una atmósfera de concentración. Felipe y Mariana por un lado. Luciana junto a Francisco hacían la otra dupla.

El caso es que, en ciertos momentos, las dudas comenzaron a aparecer. Francisco por ejemplo, preguntó porque no tenían clase el 2 de abril. Mariana le explicó muy delicadamente el suceso que había finalizado en 1982. Aquella respuesta desencadenó una serie de preguntas. Ambas mujeres iban respondiendo sus dudas diciendo que los soldados eran jóvenes, no estaban preparados para afrontar esa situación. Además, les contaban su falta de conocimiento en el manejo de armas. La conversación tenía atrapados a los cuatro, aun así, faltaba poco para que aquella tensión desapareciera. Llegó el momento del monólogo de Luciana y todos guardaron silencio. Ella empezó a narrar que familiares de soldados

mandaban comida pero esas encomiendas nunca habían llegado.

-¿Pero qué?-preguntó Felipe con inocencia-¿el cartero era inglés?

Al oír esto, todos los presentes estallaron en carcajadas.

Capítulo 4

Capítulo 3: Felipe

El fuerte viento echaba hacia atrás su ondulado cabello. La campera negra lograba mantenerla caliente. Tenía las zapatillas gastadas por tantos kilómetros hechos. Marchar con una mochila a cuestas le era dificultoso. Lidar con leyes átomos y moléculas dejaba una bomba que en cualquier momento iba a explotar. No se destacaba muy bien en Físico-Química. Sus ojos cafés miraban obligados al alrededor.

Ramas desnudas colgaban de árboles. Hojas anaranjadas oscuras crujían cuando las pisabas. Un intenso frío congelaba su piel. Aun así, la avenida Callao repleta estaba. Autos transitaban por el asfalto gris. Personas formaban multitudes marchando hacia diferentes destinos. Mendigos descalzos se hallaban sentados pidiendo limosna estrechando vasos de Starbucks. Adolescentes como ella iban de acá para allá. Algunas con polleras escocesas, otros escondían sus peludas piernas en pantalones largos.

Afortunada aparentaba, pero no era así. O al menos eso pensaba ella. Ricachona parecía, deseaba que aquella primera impresión se cumpliera. Una niñita malcriada creían las miradas ajenas, en sus sueños jugaba aquel papel. Aun así, inteligencia no le faltaba. Buenas calificaciones tenía a pesar de todo. Siempre estereotipos disfrazaban su verdadera personalidad. Detrás de aquella chica creada por esos ojos desconocidos se ocultaban secretos que nadie sabía. Pero no estoy hablando del típico pasado trágico, solo me refiero a pequeños detalles insignificantes.

El pesado tráfico y la gente caminando apretujada, un paisaje común para su vista. No era raro para ella sentir vibrar su celular constantemente. Claro, los mensajes de Martina no podían faltar. Un chat lleno debía tener. Aunque ya suponía de qué se trataba esa invasión. Fue entonces que, como siempre extrajo el móvil del bolsillo de la mochila para verificar sus presentimientos. Efectivamente, abrió WhatsApp y allí estaban. Cientos audios por escuchar, decenas de fotos cargándose. Aun borrosas pudo saber quién se escondía detrás. Mechones rubios aparecían en la indefinida cabeza. Pero, al fin y al cabo, la fotografía esclareció logrando observar a ese ladrón de corazones, el suyo había sido un víctima del robo. En aquel momento no era yo precisamente. Cabellos enrulados tengo, ni cerca estoy del rubio que ella deseaba.

Sin embargo, Martina era otra chica estafada por este chico. Pensaba tener su órgano intacto pasados unos días, pero no hubo devolución. Meses habían transcurrido ya y cegadas por un amor estúpido e inalcanzable estaban. Inmaduro él parecía pero sus celestes ojos tenían a ambas amigas hipnotizadas. Sonrisas pícaras con una pizca de ternura

poseía el muchacho. Micaela odiaba amarlo, aun así, enamorada estaba, no lo podía evitar. Imposible fue para ella esquivar aquella tentación. Sus labios deseaban los suyos. Anhelaba que los grandes brazos de él la abracen para acorralarla sin soltarla. Calor quería sentir cuando despertara junto al chico, en sueños claro.

Olvidarse de aquel amor quería pero no lo lograría si Martina le llenaba la memoria del celular con sus fotos. Que por cierto no sabía cómo las había conseguido. En ese momento y comenzaría a ejecutarla en ese mismo instante. Fotografía que veía de él, era imagen borrada automáticamente. Aun así, los extensos audios de un minuto, se vio obligada a escuchar.

Una chillona voz se oía. Martina ciega estaba, en la trampa había caído. Sin quererlo, enamorada quedó y, fue así, como el infierno de Micaela comenzó. Días enteros hablando del muchacho pasaba. En fin, audios describiendo las últimas veinticuatro horas vividas por Lucas le mandó. Era realmente cansador. Que Lucas había desaprobado el examen de Literatura. Que Lucas se peleó con un amigo. Que vio a Lucas besándose con Delfina. Que eso la desalentó pero, aun así, aquello no es suficiente para bajar los brazos. Lucas y ella terminarían juntos, afirma Martina en su último audio. Risitas irónicas se le escaparon al escuchar esto. Micaela sabía que aquel era un simple amor platónico para ella y la amiga. Nunca llegaría a establecer una relación como Martina quería, sencillos deseos revoloteando en su mente fueron.

El caso, entre los desinteresados problemas de Lucas y la crisis amorosa de Martina, ardida tenía la cabeza. Pocos segundos más bastaron para que una pesada puerta se alzaba frente a sus ojos. Como siempre, el portero del edificio barriendo la vereda se encontraba. Intercambio unas simples palabras cordiales de saludo, acto seguido, el hombre le abrió la entrada con su juego de llaves. Micaela agradeció su gesto e ingresó. Sin prestarle atención al entorno caminó hacia el ascensor. Subió pulsó el número cuatro y, luego, comenzó a elevarse rápidamente.

Faltaban pocos metros para llegar, con lo cual, la cumbia de Gilda iniciaba a retumbar entre las paredes. Su madre otra vez estaba limpiando el departamento pero claro Gilda de fondo no podía faltar. Sin embargo pasaban los años e iba aprendiendo a cómo lidiar con eso. Tener una mamá fan es muy complicado. No importa el día o la hora, ella escuchaba su ídola a todo volumen. Todas las canciones sabía, miles discos poseía y se consideraba una afortunada por poder ver la película de Gilda en su estreno.

Así fue. Empujó la puerta y apreció escenarios que se imaginaba. Las sillas colocadas en rincones donde no estorbaban cuando su madre debía fregar los pisos. Un aroma a detergente invadía el lugar. Baldes con o sin agua esparcidos por todos lados estaban. Lampazos descansando apoyados sobre grandes espejos se hallaban. Por supuesto que el hit "No

me arrepiento de este amor” de Gilda debía sonar entre las paredes. Aquella cumbia aturdía sus oídos. Trompetas sonaban fuertemente pero, sin embargo, la animaban a bailar. Fue entonces cuando pudo saber que su madre se aproximaba cantando de manera desafinada. Unos instantes después apareció. Mercedes un delantal para cocinar llevaba puesto. Experta era en hacerse rodetes desprolijos e improvisados con su cabello castaño oscuro. Guantes para limpieza cubría sus ambas manos. Como siempre Mercedes no percibió la presencia de su hija y continuó cantando. Acto seguido, tomó uno de los lampazos fingiendo ser un micrófono.

-¡Mamá!-gritó Micaela para captar la atención de Mercedes.

La muchacha logró el objetivo y observó sus ojos.

-¿Dónde está papá?-preguntó Micaela al ver que no estaba en casa. En el supermercado-contestó Mercedes para luego seguir en su mundo.

En verdad Mauricio frente a máquinas se hallaba. Entre casino y casino iba probando la suerte. La ruleta era su debilidad, enamorado estaba de los movimientos giratorios. Encarcelado por aquella tentación se encontraba. Apostar fue costumbre en ese entonces. Horas podía pasar allí adentro. Introducir billetes en las máquinas era normal para él. Amaba pulsar los botones de estas. Aun así, por aquellos días, pulsaba para sacarse las deudas que cargaba a sus espaldas.

Capítulo 5

Capítulo 4: Verónica

Recuerdo aquel día siempre que me acuesto por las noches. Vuelvo a sentir esa angustia acorralándome la garganta. Es como una apuñalada en la memoria pensar aquello. Aun duermo con miedo. Me aterro cuando pienso en él. Miedo tengo de volver a verlo. Escalofríos poseo con tan solo imaginarme lo que puede llegar a hacerme si estuviera frente a él. Temor padezco cuando repaso mi historia a partir de la llegada de Gustavo en mi vida. Conciliar el sueño todavía me cuesta, imágenes me invaden la mente. Aquellos diez años parecieron siglos. Fue como si el tiempo se tomara unas vacaciones, quedando congelado. Aun puedo acordarme de la primera paliza, el primer golpe, el primer insulto, el primer moretón y, sobre todo, la primera mentira a Santi.

Mi hijo había sido un bastón en esos momentos. Era lo único que me mantenía parada. Por él seguí viva, gracias a Santiago puedo estar escribiendo esto. Ese chico maravilloso me dio las fuerzas que necesitaba para seguir adelante. Sin saberlo, aquel muchacho me ayudó a luchar las peores batallas. Guerras en las que él también salió herido, lo sé. Saber eso duele, pensar en las lágrimas que ha derramado Santiago hace apretar el nudo de mi garganta. Aquí la víctima no solo había sido yo, también él fue parte de aquel gran infierno. Ese hijo de puta además de lastimarme, hirió a lo que más amo en este mundo. Secuelas nos dejó a ambos, eso es imperdonable.

Desde la primera trompada supe que nunca cambiaría. Aun así, como una estúpida callé y estas son las consecuencias. El miedo me dominaba, sellaba mi boca obligándome a tragar una profunda bronca todos estos años. Sin embargo, encontró en Margarita el consuelo que necesitaba. Halló un hombro donde podía derramar sus lágrimas. Se topó con oídos que la escuchaban y brazos que le envolvían protegiéndola. Margarita era un refugio para mí, una amiga de oro. Me desahogaba con ella, hablaba de él sin temor, sin filtro. En aquellos momentos libre me sentía. Cada día soñaba con una libertad lejana. Pensaba que algo como eso no estaba hecho para mí. Aquel anhelo formaba parte de la lista donde anotaba los deseos imposibles. Ahora poseo aquello que nunca creí poseer. Aunque los recuerdos me golpean la memoria como los puños de mi ex esposo en la cara.

Pero no siempre fue así. Gustavo había entrado a mi vida hecho un verdadero príncipe azul. Uno que al besarlo se convirtió en sapo. Me encerró con su amor para luego hacerme vivir el peor infierno que existe. Sus blancas sonrisas me engañaron e hipnotizaron. Los <<te amo>> y <<te quiero>> fueron palabras que arrastró el viento. Ciega fui, me había enamorado de mi propio enemigo, Maldigo no haberme dado cuenta de

que en su interior vivía un animal indomable. Una gran furia se desataba y él cambiaba por completo. Allí era cuando nadie lograba controlarlo. Tontas discusiones teníamos, peleas donde yo terminaba en el piso aguantando las patadas de Gustavo mientras gritaba estas tres palabras: "PERRA, ZORRA, PUTA". Todavía poseo pesadillas sobre esas situaciones. Siempre era la misma escena. Sentada en una esquina, mis rodillas acariciaban mi pecho. Pasos lentos oía aproximarse. La gran sombra de Gustavo que veía me encerraba. El mismo temblor atacó a mi cuerpo. Unos segundos después, su mirada se clavó en la mía. Esos ojos desafiantes me aterraban. Como ocurría todas las veces que soñaba aquello, él alzaba sus ambas manos, En ese momento, yo agachaba la cabeza cubriéndola con mis brazos y una catarata de dolor me empapaba. Gritaba, trataba de sacármelo de encima pero no lo lograba. Los gritos iban desapareciendo, la imagen se borraba poco a poco.

Despertaba de golpe. Mi corazón latía a mil por hora. Agitada estaba. Sudorosa abría mis ojos, me tranquilizaba al darme cuenta que solo había sido un sueño. Acto seguido, llamaba a la relajación para que invade su vista.

Pero como escribí antes, Gustavo era distinto cuando lo conocí. Para que sepan sobre que estoy escribiendo, les voy a resumir un poco mi historia con él. Nos conocimos hace quince años. Yo en aquel entonces estaba haciendo las prácticas en el Hospital Italiano de medicina, Gustavo un médico más del hospital. Me ayudó y enseñó casi todo sobre esta profesión. Ya lo sé, fui la típica alumna que se enamora del profesor. Encarcelada me quedé al verlo. Con su paso firme desfilaba por los pasillos del establecimiento. Una pinchuda barba canosa poseía. Él y sus musculosos brazos me sedujeron, enamorada estuve mucho tiempo. Era mi abogado defensor en algunas ocasiones. Risas sacó de mi boca cuando lo más necesitaba.

El caso es que cuando conocí a Gustavo mi vida dio un giro de trescientos sesenta grados. Fue aquel 9 de Noviembre de 2002. Recuerdo que un autobús había volcado en la ruta y todos los heridos fueron a parar allí. El edificio desbordado estaba de pacientes. Camillas rodaban rápidamente. Médicos corrían por todas partes. Enfermeras que informaban a los doctores el cuadro del paciente mientras caminaban al lado de las camillas. Nosotros, los residentes, nos ubicamos en donde había lugar. Íbamos simplemente para observar cómo se trabajaba en esas situaciones, con la intención de saber cuál era el método para poseer paciencia y no hundirse en un mar de nervios. A veces ayudábamos alcanzando herramientas otra éramos tan solo espectadores que deseaban aprender.

Lo cierto es que Gustavo allí trabajando estaba. Yo, con una de mis compañeras, fuimos a observar justo el caso que se hallaba examinando él. Me sorprendió su seguridad a la hora de tomar decisiones.

En aquellos momentos no puedes pensar demasiado, pocos son los minutos para decidir y hacer lo correcto. Distinto es el caso cuando un médico decide realizarle una cirugía a un paciente. Allí, el doctor puede reflexionar sobre las consecuencias que tendrá esa intervención como también podrá optar cual será el proceso de recuperación más eficiente. Además le permite al paciente prepararse psicológicamente para enfrentar el hecho y todo lo vendrá después. Es decir que, atravesar aquellas situaciones, no era favorable en ambos aspectos. O al menos esa es mi opinión

Ya lo sé, me fui por las ramas. El caso, recuerdo haber observado el profundo corte que se ubicaba en la pierna derecha del hombre herido. Yaciendo de dolor él estaba, gritos ahogados aturdían mis oídos. Terapia intensiva, el lugar donde estábamos, separado por largas y anchas cortinas blancas formaban diferentes boxes. Todos fueron ocupados, por lo tanto, médicos corrían de aquí para allá. Enfermeros iban detrás, alcanzando las herramientas que necesitaban. La situación que le habían asignado a Gustavo tenía robado su mente. Absorto en el paciente estaba, examinó sus heridas por unos instantes. Pequeños trozos de vidrio se veían incrustados en la pierna. Un lago de sangre perdía mientras que otros ayudantes colocaban algodones gigantes tratando que aquella lluvia parara. Bastaron unos segundos más para tomar una decisión.

-Hay que amputar la pierna derecha de inmediato-informó Gustavo seriamente-preparen el quirófano ya.

Los enfermeros allí presentes no dudaron en obedecer su orden. Algunos preparan al paciente. Otros, en cambio, se dirigieron hacia la sala de operaciones como si hubiera sido un movimiento automático. Lo cierto es que enfermeros, doctores, anestesiólogos (encargados de administrarle la anestesia a los pacientes durante una intervención quirúrgica), instrumentistas (aquellos que poseen conocimiento sobre todos los instrumentos necesarios para realizar una cirugía, por ejemplo, el bisturí) e incluso practicantes, como yo y mi compañera, emprendimos camino hacia el quirófano. A nosotros nos pusieron en un sitio apartado donde un gran ventanal polarizado daba hacia el lugar de la operación, como si fuese una sala de interrogatorios.

Aquellas tres horas fueron inolvidables para mí. Era la primera cirugía que observaba. Me sorprendió la habilidad de Gustavo para ejercer su profesión, se notaba con cuanto amor y pasión lo hacía, fue un excelente profesional. Como lamento tener escribir en pasado, eso significa que todas mis ilusiones quedaron escombros. Una tonta enamorada quedé al ver el cariño que le daba a sus pacientes, realmente los trataba como su propia familia. Me conmovía cuando lo observaba consolándolos en medio de una recuperación interminable para ellos. Anonadada quedaba al apreciar como él encendía luz en los lugares más oscuros. Me preguntaba cuál era su técnica para transmitirles fuerzas a sus pacientes. Pero claro

quién iba a sospechar que detrás de tanta dulzura se escondía un verdadero monstruo.

Recuerdo que, al fin de cuentas, aquella cirugía se realizó satisfactoriamente y también cuando me topé con Gustavo en la salida. Me acuerdo que lo felicité por el resultado de la operación, luego él me agradeció. Acto seguido, le conté que estaba haciendo la residencia en el hospital.

-Por cierto, soy Verónica-me presenté estrechándole la mano.
-Gustavo-contestó él tomándomela.

Yo era inconsciente de que, en aquel instante, empezaba a vivir mi peor pesadilla.

Capítulo 6

Capítulo 5: Santiago

Escribir no es lo mío. Casi siempre desapruero las producciones escritas que hago para la clase de Literatura. Los puntos, comas y párrafos son desconocidos. Así que disculpen si este capítulo posee una escasa redacción. Un simple escritor novel soy, no esperen mucho. Aunque, entre nosotros, me siento aliviado al expresar mis emociones en palabra, el nudo de la garganta se desata poco a poco. Sí, escribo mi propio diario. Es secreto, nadie lo sabe. Ni siquiera sé porque les cuento esto a ustedes, Completos anónimos son, seguro dicen entre risas; "un chico escribe un diario íntimo". Adelante burlense y ríanse mientras yo sigo sufriendo, derramando lágrimas hasta vaciar los ojos.

Vivir esta situación es una porquería, mis sentimientos caminan sin rumbo, sin direcciones. Confundidos están, son como soldados que no saben al bando que pertenecen. Guerras con ningún motivo se forman en mi interior. El amor y el odio compiten para dominarme. Miles de emociones quieren controlar este corazón que palpita fuerte sin razón. Un mundo perfecto había creado, uno del cual solo queda escombros. A veces algunas verdades duelen y te matan. Otras permanecen en tu mente para que una cascada se resbale por las mejillas. Recuerdos pinchan mi memoria hasta sangrar. Sueños atormentan mis noches impidiéndome cerrar mis ojos.

Una gran pesadilla viví pero, aun así, Felipe estaba allí. Me enseñó algunas estrategias para lidiar con esta vida que estoy obligado a transitar. Subía mi ánimo cuando se hundía en un profundo mar. Sin embargo, Felipe no tenía todas las partes del rompecabezas. Mis esperanzas no se perdían al hablar con él. Un gran futuro recurría a mi mente por las noches, uno distinto, lejos de aquel infierno que me torturaba. El oscuro cielo nocturno iluminado por las brillantes estrellas y aquel sueño aparecía.

La cálida brisa volaba por el espacio aéreo, su ulular era música para mis oídos. Esponjosas nubes blancas decoraban mi mirada cuando dirigirla hacia arriba. Flores de diferentes colores crecían entre los largos suyos. Éstos bailaban al compás del viento. El verde césped se extendía sin tener fin. Una paz indescriptible me invadía. Aliviado me sentía, alejado de los peligros estaba. Extrañas sensaciones se albergaban en mi interior. Era libre, escapaba de aquel encierro que me poseía acorralado. Ni el amor ni el odio ganaban allí. Yo tomaba las riendas, sin miedos que me dominaran. Caminaba enterrando mis pies en el pasto, descalzos ellos estaban. Mi rostro rojo como un tomate se hallaba. Bañado de sudor me encontraba. Gotas caían con una rapidez impresionante. Una remera blanca y pantalones negros cubrían mi cuerpo desnudo. Un gran caldén

creaba una sombra enorme. Desconocía ese lugar, nunca había estado ahí. Aun así, aquel árbol tenía algo que me atraía. Provocaba en mi un paso más veloz. Era como si hubiera hipnotizados mis ojos. Escuchaba su voz hablarme, ecos retumbaban. Alentaba a acercarme y yo, sin explicación, la obedecía, Cuando estaba debajo de sus largas ramas me sentaba apoyando mi espalda sobre el grueso tronco. Inhalaba aire para luego soltarlo por la boca. Una profunda relajación sentía. Acostaba mi cuerpo observando el celeste cielo. Cerraba mis ojos poniendo la mente en blanco.

De repente, truenos hacían retumbar ese sitio. Vientos fuertes comenzaron a invadir aquel escenario. Hojas aterrizaban en el suelo. Rayos empezaron a quebrar ramas. Caían como como autos de carreras. Fuegos empezaron a incendiar el campo. Aquella paz había desaparecido, esa tranquilidad se convirtió en desesperación rápidamente. Ahora una celda de llamas me encerraba, no poseía escapatoria.

Siempre despertaba con la misma escena en la memoria; rodeado por fuego, sin salida. Pensándolo bien, así me sentía dentro de mi familia. Miedo tenía al alejarme de mamá, un terror absoluto me dominaba. Debía protegerla del monstruo que yo llamaba padre. Lo sentía como una obligación que poseía. Ya sé, está mal. Pero estar viviendo aquella situación te lleva a hacer cosas que ni tú te las imaginas. Observar como una madre sufre es doloroso para un hijo. Cada vez que oía gritos desde mi habitación, impulsos me atacaban. Deseaba con pararme frente a él y darle unas buenas palizas. Incluso hubo veces que lo hice, aunque fui yo quien recibí los golpes.

Conocer a Felipe fue un alivio que me alejaba de aquel infierno sin miedos. Era una mañana primaveral cuando él se cruzó en mi vida y los alumnos de la escuela comenzaban a invadir sus grandes galerías. Recuerdo que ese año cursé el primer año de secundaria. Yo, como todos los demás, entraba cargando mi mochila al hombro. Caminé sin rumbo, estaba demasiado dormido, no podía pensar. Usé mis pocas fuerzas para mantener los ojos abiertos. Encontré un rincón donde me senté apoyando mi espalda contra la pared. Estudiantes pasaban, todos con paso lento, poniendo un esfuerzo inimaginable en cada uno de ellos. Al menos tranquilo estaba sabiendo que no era el único experimentando esa sensación.

De repente, Felipe se cruzó ante mis ojos. Rodando con su mochila reposando sobre la falda él estaba. Mi atención robó por completo, pocas veces vi sillas de ruedas y siempre con ancianos encima. Nunca me había parado a pensar que adolescentes como yo pasaban por aquella situación. Debo ser sincero, primero lo miré con cierta extrañeza. No sabía cuál era su manejo en la rutina, tampoco quería construir hipótesis en mi mente. Sin embargo, esa incógnita me generaba mucha curiosidad. Aunque miedo poseía, ni idea tenía de como acercarme. Un gran temor

atacándome estaba, no quería meter la pata. Odiaba no saber cómo hacerlo.

Fue entonces cuando un grito desató una preocupación.

-¡Duende!

No se equivocan al pensar en la persona que dijo esa palabra. Así es. Gastón acercándose a Felipe con su banda estaba. Todo el mundo le guardaba terror a este chico. Nadie quería cruzarse con él. Los rumores dicen que ha quebrado ambos brazos de un estudiante. Observaba como Gastón y sus amigos encerraban a Felipe poniéndolo a él contra la pared. Mi olfato me decía que aquella escena terminaría con alguien herido si ninguna persona intervenía. Obedecí al instinto que me impulsó a hacer lo que nadie se animaba.

-¡Eh!-protesté tomando el hombro del agresor, dándolo vuelta, dejando su desafiante mirada en la mía-idéjalo en paz!
Mira quien te vino a defender duende-dijo Gastón fijando sus ojos en su víctima-no sabía que pertenecías al otro bando.

Todos los amigos de esta basura empezaron a soltar carcajadas hasta vaciarse y no poseer más. Aquel gesto fue la gota que rebalsó el vaso.

-¿Qué te pasa pelotudo?-dije agarrándolo de la remera-¿Estoy hablando chino? Porque veo que no entendiste el mensaje.

Gastón ahora me miraba serio. No le agrado que lo desafiara. Acto seguido, aplastó mis huevos con sus rodillas y de inmediato caí al piso, el dolor atravesaba mis entrañas. Sin más fuerzas, tuve que aguantarme las patadas que vinieron después

-¿Quién es el pelotudo ahora?-dijo Gastón con tono burlón.

La banda se retiró del ring, dejando a la vista el rostro preocupado de Felipe. Preguntó si estaba bien y yo le respondí que sí. Como pude, volví a pararme. Cada centímetro del cuerpo me dolía, Nos presentamos educadamente con Felipe. Aquel encuentro fue el comienzo de una gran amistad.

Capítulo 7

Capítulo 6: Micaela

Los rayos de sol atravesaban mi ventana iluminando la oscura habitación, despertándome sin pedirme permiso. Fregué mis ojos con ambas manos. Haber comenzado el receso escolar de invierno me animaba a dormir los próximos quince días. Horas, acurrucada en el sillón esperaban. Miles de series aguardaban ser vistas por mi mirada. Chocolates guardados en la heladera, esperando partirse al entrar a bocas las tardes de lluvia. Los relámpagos y truenos existían para que personas como yo pasen sus días durmiendo. Además de Lucas, enamorada de aquellos momentos estaba, Amaba acurrucarme en mi cama, manteniéndome caliente, sin sufrir la ola de frío que invadía la ciudad. Sentir el calor penetrándome la piel me causaba un bienestar inexplicable.

Lo cierto es que aquel sábado temprano, dispuesta a seguir sintiendo esa sensación, di media vuelta dándole la espalda a aquella luz natural que tanto molestaba mi vista. Pensaba en él, todo el tiempo lo estaba. Su imagen intacta en la mente, era como si hubiera estado atada, impidiéndose irse. Un maldito y extraño amor mantenía a Lucas encarcelado en mis pensamientos. Odiaba caer en sus encantos pero fue inevitable. Una presa más fui de su hechizo. Ustedes se preguntaran ¿Mica porque te impides estar con Lucas si estas completamente enamorada? No es tan fácil como parece. En primer lugar, mi mejor amiga estaba obsesionada con él y me daría mucha pena crear un conflicto entre nosotras por chicos. Además Lucas era, como lo llamamos los argentinos, gato. Es decir, mujeriego. Lucas jugaba con sentimientos ajenos, detestaba aquel juego, ni pensaba jugarlo. Tuve suerte al darme cuenta que esa situación existía, no quería terminar destruyendo mis emociones. Aun así, sufriendo estaba. No hallaba el método para evitar experimentar esa sensación horrible, Si me acercaba a él sufría y alejándome también lo hacía. Existían algunas ocasiones donde no sabía lo que quería mi corazón, desconocía su rumbo.

De pronto siento la vibración que despide el celular, eso me sobresalta, siendo un salvavidas que me rescata de aquellos pensamientos en donde fui sumergiéndome poco a poco. Un nuevo mensaje entro en mi teléfono y ya sabía de quien era. Lo tomé ejecutando perezosos movimientos. Dibuje el patrón correspondiente para desbloquearlo. Deslice mi dedo hacia abajo, allí estaba. Un audio sin escuchar de Martina se veía. Abrí el chat, acto seguido, pulsé para comenzar a reproducirlo.

Hola Mica, ¿cómo estás?-su voz chillona parecía estar sin cansancio encima-Escúchame, ¿te acuerdas que el próximo sábado tenemos la fiesta de quince de Lurdes?-me olvidé por completo, pienso mientras sigo

oyendo-Bueno. No tengo nada para ponerme-al decir estas palabras pude percibir la desesperación que poseía en su voz-estoy desesperada. Acompáñame al shopping, por favor. Del dinero no tienes por qué preocuparte, después lo paga mi vieja.

La costumbre de Martina para llamar a su madre "vieja" no se le fue nunca.

Antes de que me pregunten ¿Mica un cumpleaños de quince? ¿En serio? Si chicos. Aquí en Argentina esas fiestas son como las de un casamiento. La cumpleañera, llamada vulgarmente quinceañera, entra al salón acompañada por su padre, vistiendo un hermoso vestido (algunos otros me parecen horribles), maquillada y peinada. Luego de esa entrada tan emotiva (es verdad, a algunas se les escapan lágrimas) llega la cena, después el baile. Siempre los finales son mejores, aquellas noches culmina con un carnaval carioca. ¿Qué es eso? dirán ustedes en sus cabezas. Es fácil de entender. Entre maracas, máscaras y sombreros empezamos a bailar. Por supuesto que la ronda para el "baile de la botella" no podía faltar.

Siendo sincera, no tenía muchas ganas de acompañarla. Ustedes pensarán que soy una mala amiga pero están equivocados. Martina dentro del centro comercial es realmente insoportable. No les miento, ni exagero. Entra a cada negocio que veía. Miraba con cuidado la ropa para probarse, colores, talles, si parecía gorda, en todos esos detalles estaba. Soy una de las pocas personas que la aguantan en aquel ese estado creo. Acostada quería quedarme, mi cuerpo se convirtió en estatua, quedándose inmóvil. Decidida a hacer aquello, dejé el celular donde había dormido toda la noche. Bastaron pocos segundos para que los silencios vuelvan a reinar mi habitación. Aun así, lo bueno siempre dura un instante. Una nueva vibración anunciaba la llegada de mensajes.

"¿Qué te pasa ahora?", pensé.

Por segunda vez, repetí los mismos movimientos. Entré al chat nuevamente y leí las siguientes palabras:

No me claves el visto.

Dejé escapar un suspiro. La ilusión de decirle excusas me tentó pero la bondad que poseía ganó. Acto seguido, tecléé lo que leerán a continuación sin poseer demasiadas convicciones:

Okis! Te acompaño.

Aun así, no quería hacerlo. Odiaba ser tan bondadosa, tan tolerante. Me levanté empapada de inseguridad. Había metido mi cabeza

en la boca del lobo yo solita, sin ayuda. Bajé la mirada y leí:

A las 15:00 hs te paso a buscar

Okey Mica, dije en mi mente, son las once de la mañana. Tienes cuatro horas para prepararte psicológicamente y enfrentar esa situación. Respire hondo, después largué todo el aire acumulado por la boca como un globo desinflándose poco a poco. Desnudé mi cuerpo, tomé unos jeans, una remera, un suéter y me lo puse. Mis pasos dirigí hacia al baño, el frío comenzaba a sentirse en las paredes. Encendí la luz, un gran monstruo observé en el espejo. ¡Qué alborotado poseía mi cabello! Cepillé los dientes, acto seguido, empecé una guerra con el peine. La batalla duró pero, esforzándome, logré ganarla. Salí del baño dirigiéndome hasta el living-comedor.

Allí ella estaba, cantando "Fuiste" de Gilda. Creo que ya se imaginan a quien me refiero. Así es, mi madre con sus auriculares puestos desafinaba hasta romper los vidrios. Me acerqué, aun así no percibía mi presencia.

¡Mamá!-grité a su lado.

Esta vez logré que clavara su mirada en mí pero no para prestarme atención. Tomó mis manos con fuerza y me obligó a hacer un giro y bailar al ritmo de una canción que solo ella escuchaba. Muchas risas escapándose de mi boca están cuando veo a mi madre en ese estado.

...Fuiste mi vida, fuiste mi pasión...-cantaba mientras convertía aquel pequeño espacio en una pista de baile.

Mamá ya es suficiente-dije sacándole un auricular del oído.

Mercedes me miró y supo que tenía algo para decirle. Aunque no parecía, mi madre poseía límites y sabía oír cuando lo debía hacer. Dispuesta a hacerlo se sacó el auricular restante.

Marti me pidió que la acompañe al shopping-comencé a decir-¿puedo ir?

Mercedes accedió sin dudar.

Mi mamá era así. Si no tenía para hacer o responsabilidades que cumplir me dejaba ir a donde yo le pedía.

Eso sí-añadió-pone los vasos y platos para comer que la comida ya casi esta lista.

Obedecí sus órdenes sin quejarme. Al cabo de diez minutos (quizá menos) la mayonesa, las bebidas y todo lo necesario para almorzar estaban sobre la mesa. Aun así, pasó media hora aproximadamente para que el

almuerzo se sirva. Mi boca empezó a babear al ver milanesas con papas fritas ante los ojos. Era entonces, en aquel momento del día, cuando veía a mis padres juntos porque después Mauricio se iba del departamento. Yo, ya formaba hipótesis dentro de la cabeza. Distintos posibles lugares se me cruzaban por mi mente, sospechas tenía. Pero, almuerzos como aquellos, no quería que sean invadidos con aquellos pensamientos. Un silencio incomodo reinó entre nosotros durante todo el tiempo. Terminamos de comer y, Mercedes, fue la encargada de levantar los diferentes elementos que habíamos ensuciado. Mauricio, en cambio, le tocó lavar los platos. Yo me senté frente al televisor, luego abrí Netflix para seguir viendo "Once Upon a Time" una serie que esta buenísima, súper recomendable.

Lo cierto que, entre episodio y episodio, el tiempo se fue volando. Un mensaje de Martina avisándome que está esperando afuera me obliga a abandonar la serie y ponerme en marcha. Me despedí de mi madre y bajé.

Efectivamente, allí estaba ella esperando. Subí al auto donde Martina con su madre aguardaban. Saludé a ambas besándolas en las mejillas. Nos dirigimos hacia el "Alto Palermo", un shopping que a Martina le fascinaba ir. Comenzó hablándome sobre las ideas sobre qué tipo de vestido buscaba. No le faltó ningún detalle. El tímpano destruido tenía ya de tanto oírla.

Llegamos, ambas bajamos del coche, llamaríamos cuando hubiéramos acabado. Entramos al establecimiento atravesando las puertas automáticas. La tortura había comenzado. Personas veía caminar por todas partes. Mi amiga me tenía corriendo, ejercicio iba a hacer seguro. Salíamos e ingresábamos a negocios con una velocidad increíble. Cincuenta vestidos cubrieron el desnudo cuerpo de Martina. Sí, los conté. ¡Qué indecisa era! Las mujeres demoran para alistarse, pero aquello ya fue exageración.

Pasamos dos horas enteras recorriendo el lugar cuando le propuse ir al patio de comidas a descansar un poco, mis piernas destruidas estaban. Mi amiga me pidió que juguemos a "verdad o reto" y accedí sin problemas. Ella preguntó si quería verdad o reto, opté por reto. Ahora me arrepiento de haberlo elegido.

A la próxima persona que te cruces deberás decirle que te llamas Nina-me desafió.

Yo dejé escapar carcajadas, no tenía sentido. Sin embargo, lo hice.

Entre risas, no pude percibir la presencia de un chico en silla de ruedas. Tropecé con él cayéndome arriba del muchacho.

Me llamo Nina-mentí segundos después. Todavía estaba encima de su cuerpo. Le dediqué una cómplice mirada a mi Martina.
Yo Felipe-dijo él riéndose por aquella situación.

Ambos no sabíamos que aquel era tan solo un simple comienzo.

Capítulo 8

Capítulo 7: Felipe

¡Felipe!-el grito de mi padre llamándome desde el living-comedor me obligó a abrir los ojos-¡A comer!

Otro día más. Un nuevo sábado comenzaba para mí. Semanas de descanso transcurrían. En una cárcel había convertido mi departamento, donde yo mismo me encerraba. Tenía la llave para abrir aquella celda, pero no me atrevía a hacerlo. Esposas invisibles me ataban a la cama. Parecía estar pegado, sin poder moverme. Con los ojos clavados en el blanco cielo raso estaba. Pensando en todo lo que haría esas vacaciones invernales.

Las teclas del piano esperaban con ansiedad en el living-comedor para ser tocadas por mis dedos y dejar escapar aquella dulce melodía. Esa que, entre acordes y sonidos, me transportaba a otro mundo, donde los recuerdos no existían. Con la mirada apagada viajaba, acariciar sus teclas era el costo de mi pasaje. No necesitaba ayuda de nadie para subirme al transporte. Ninguna persona me detenía poniéndome obstáculos, diciéndome "no". Aquellos son minutos donde siento que estoy en un territorio sin límites, sin fronteras. Libre soy allí, las relajantes notas graves borraban preocupaciones y obligaciones de mi mente. Indescriptible es esa sensación que se me produce cuando oigo aquella música.

Mis ojos aguardaban ansiosos el momento de posarse frente a la pantalla chica para observar todas las rarezas que subían los youtubers semanalmente. Extrañezas que me robaban lágrimas, carcajadas que gastaban mi voz. La curiosidad me atacaba, me preguntaba cómo podían hacer reír a tantas personas aun cuando nosotros nos ahogamos en un mar de angustias. ¿Cuál era el truco? ¿O acaso se nacía con aquel don? Para mi desgracia, no poseía respuestas si ni siquiera sabía cuál era la pregunta correcta.

Una sola certeza tenía, yo, en unos años iba a estar del otro lado de la pantalla. Deseaba con todas mis fuerzas sentarme delante de una cámara para hacer reír como me hacían reír a mí. Editar me parecía muy divertido, sería mi propio jefe, Le daría al canal el rumbo que yo quisiese. Cada noche imaginaba que los números de suscriptores aumentaban. Saldría a la calle y me mirarían y no por andar en silla de ruedas sino por mi talento. Pensaba el momento donde fans pidan fotos conmigo, primero sería genial pero, luego, será algo incómodo. Anhelaba con, algún día, observar que las placas de los cien mil y un millón de suscriptores llevara mi nombre. Asistiría a eventos organizados por YouTube conociendo

muchas personas de otros países.

Aun así, aquel deseo estaba lejos. Muchos kilómetros me separaban de él. No poseía la valentía suficiente para comenzar a acercarme. Cobarde era, tenía miedo, demasiado. El temor fue mi obstáculo y no me atrevía a combatirlo. Las redes sociales son tierras sin dueños, de nadie. Es una caja de Pandora, no sabes con que te puedes topar. Un mundo donde nada está prohibido, sin leyes que respetar. Cualquier delito puede cometerse allí. Una zona peligrosa para andar, cuidando tus pasos debes estar porque cuchillos te puedes clavar. Ríos de sangre caerán de las heridas. Pondrás los dedos sobre ella tratando detener aquellas sangrientas gotas. Pero, lo único que logras, es provocarte más dolor. Por unos segundos, toleras ese sufrimiento aunque llega el momento que se vuelve insoportable. Demorará días, meses quizá años en cicatrizar esas lesiones dejándote marcas por todo el cuerpo. Aquello no quería, llenarme de cicatrices, Recordando los malos comentarios que dejarían algunos, miedo al rechazo tenía. Aquella era la barrera que me separaba de mi sueño. Aquel fue el gran obstáculo que no sabía cómo sortear.

Aun así, ustedes dirán: "Felipe es tu deseo, ve y lucha para conseguirlo. No importa la opinión de los otros, tú sigue adelante." Ya lo sé que es así (o por lo menos debería serlo) pero, créanme, entre decirlo y vivirlo hay una grieta muy ancha. Tener que lidiar con este tipo de situaciones me ha enseñado muchas cosas. Una de ellas es estar siempre alerta. Vivir esta vida me convirtió en un inseguro. Vistió mi cuerpo con manchas de dependencias, instalándome la necesidad de poseer aprobaciones para llevar a cabo lo que hacía. Un afiladísimo olfato, adivinaba cuando corría peligro. Avisaba a mi cerebro al percibir riesgo cerca de mí. Conflictos donde mi estabilidad emocional podría irse por las nubes, problemas a los cuales no les encontraba soluciones. Temor a experimentar poseía, aterrorizado estaba cuando vivía nuevas experiencias. Prefería rodar por caminos derechos, seguros alejándome de montañas y colinas para no gastar esfuerzos en atravesarlas. Evitando el frío que, a veces, envolvía la atmosfera, impidiendo congelarme, quedándome quieto como una estatua. Mi personalidad era un mecanismo de defensa. Donde olía inseguridad no me metía. Odiaba ser así porque, en algunos casos, perdía oportunidades grandiosas.

Lo cierto, es que dejé largar un suspiro de mi boca. Mis ojos clavé en el blanco cielo raso. Unos segundos más pasaron sin darme cuenta.

Felipe-por segunda vez oí la voz de mi padre llamándome. Pocos instantes después, Alberto se atrevió a atravesar la puerta de la habitación-vamos a comer.

Acto seguido, me sacó las frazadas que me cubrían de encima y una suave oleada fresca recorrió cada centímetro de mi cuerpo. Inmediatamente crucé los brazos albergando esperanzas para contener el

calor que había producido el roce de las sábanas con mis peludas piernas. Pero no funcionó. Alberto sacó un largo pantalón gris y una remera mangas largas del ropero, luego, me las extendió a mí.

Vestí mi cuerpo lo más rápido que pude. Aseguré que las trabas estaban frenando las grandes ruedas. Apoyé la mano derecha sobre el asiento y la otra en el colchón. Fue así como comencé a hacer fuerza con las extremidades superiores. Pocos segundos después, sentado arriba de la silla estaba. Destrabé y comencé a rodar hacia el baño. No me sorprendió ver reflejado mis despeinados rulos en los cristales del espejo, ya era normal apreciar aquel nido de pájaros (como me decían algunos). Cepillé mis dientes y, más tarde, remé hasta el living-comedor.

Un mantel naranja con franjas blancas cubría la mesa. Los vasos de vidrio enfrentados con tres platos estaban. Tenedores y cuchillos plateados rodeaban el redondo objeto. Tiras de pan se extendían a lo largo. Jarras que contenían jugos y agua había. En el centro, una deliciosa tarta de carne se apreciaba. Me acerqué al hueco reservado para que mi silla entre. Acto seguido, Margarita y Alberto se sentaron en sus respectivos lugares. Nunca nos atrevimos a cambiar nuestras posiciones. Sin embargo, los tres no aguantábamos ni veintitrés segundos en silencio.

¿Cómo dormiste hijo?-me preguntó mi madre.

Yo, aun con la pereza empapándome, dejé escapar un simple "bien" de mi boca.

Después de almorzar nos vamos al shopping a cambiar la remera que te regalo tu tía-Margarita no se cansaba de hablar, deseaba callarla ya-¿quieres?

Masticando un trozo de tarta moví, con lentos movimientos, mi cabeza, asintiendo.

Alberto-siguió diciendo clavando la mirada en el rostro de su esposo-¿quieres acompañarnos?

Para mi padre, el fútbol era su pasión. Lo sabía, percibía su amor en sus palabras. No fue difícil darse cuenta. Margarita también sabía. Raro no era encender la televisión y ver como se exhibían canales deportivos hablando sobre las ventajas y desventajas que poseían dos equipos para enfrentarse en su próximo partido. Aquellos programas, donde hablaban de los jugadores lesionados, de las fechas que se avecinaban en los campeonatos y torneos. Esos canales que yo prefería cambiar de inmediato. Imposible era moverlo del sillón cuando jugaba Independiente, ese, fue uno de aquellos días. Por lo tanto, ya me imaginaba la respuesta.

Como pensaba, Alberto negó con la cabeza.

Los tintineos del choque de los cubiertos siguieron hasta cesar. Disfruté cada bocado que metí a mi boca.

Cuando nosotros habíamos saciado el hambre que nos atacaba, yo comencé a colocar los tres platos sobre mi falda uno encima a otro para poder remar hacia la cocina. Allí, deposité la obligación que me habían asignado. Acto seguido, le pedí a mi padre que me lleve al baño mientras Margarita se cambiaba para ir al shopping, pues el baño no era suficientemente grande como para maniobrar la silla. Así fue, Alberto me levantó sujetándome de las axilas. Luego me puso de pie, podía mantenerme parado, aunque por pocos segundos. En ese momento no poseía puestas mis valvas que me ayudaban a mantener mi cuerpo equilibrado y parado. Aun así, las piernas le dieron tiempo suficiente a mi padre para bajarme los pantalones y sentarme en el inodoro. Del resto, me encargué yo, terminándome de acomodar y orinando. Después, vacié mi vejiga hasta la última gota. Allí, llamé a Alberto y comenzamos a hacer el proceso inverso. Me ayudó a pararme, sosteniéndome con sus manos. Subió los pantalones caídos que cubrían mis tobillos, sujetó mi cuerpo por debajo de las axilas. Un gran esfuerzo hizo para volver a sentarme en la silla, no era para nada liviano. Gordo no soy pero mi cuerpo fornido esta, las grandes ruedas no se mueven solas.

El caso, me dirigí hacia el comedor donde Margarita tomaba su cartera y descolgaba un negro tapado del perchero. Ella, al verme que ya estaba listo, empezó a empujar. Abrió la puerta para desembocar en un largo y angosto pasillo donde, afortunadamente, uno de los ascensores nos esperaba. Bajamos y, más tarde, nos encontrábamos en la vereda del edificio, de nuevo en medio de aquella locura de Buenos Aires. Ni los sábados la ciudad descansaba. Mi madre me sentó en el asiento de acompañante del auto, por supuesto que yo la ayudé, no tenía la misma fuerza que Alberto. Guardó la silla en el baúl y ella se subió frente al volante. Fue así como emprendimos viaje hacia el Alto Palermo.

Los próximos veinte minutos transcurrieron de manera normal. No pasaron como lluvias torrenciales cayendo ni como mi abuelo caminando a dos kilómetros por hora. El tránsito fue de un típico sábado, nada extraño. Todo bajo control. Aunque los colectivos de línea se ven con menos frecuencia, el rugido de motores no faltaba. Personas seguían caminando. Menos cargado estaba el tráfico pero eso no quiere decir que las calles desnudas se hallaban. Un sol invernal filtraba en el vehículo por los vidrios. Entre melodías de canciones que sonaban desde la radio recorrimos Buenos Aires. Llegamos al establecimiento, estacionamos y nos bajamos. Con mi madre empujándome fuimos hacia la entrada

principal e ingresamos.

Una multitud entera desfilaba por los anchos pabellones del lugar. Un gran porcentaje de mujeres que se cruzaron por mi campo visual colgaban bolsas de sus brazos. Algunos hombres empujan changuitos con los bebés sentados en ellos. Familias pensaba ver cuando observaba un grupo de personas de diferentes edades. También apreciaba a aquellos que tiraban de las remeras de sus padres, suplicando para tener en las manos un nuevo juguete de la juguetería. Hubo casos donde los niños terminando llorando a gritos al oír reiterados "hoy no hijo", "otro día". Créanme, esos chillidos no eran música para mis oídos.

Mientras buscábamos el local de "Kevingston" para ir a cambiar la remera que me habían regalado el día de mi cumpleaños, Margarita se atrevió a romper la atmosfera de silencio.

El sábado próximo tenemos la fiesta de quince de tu prima Luna-me comentó-podemos ir viendo que te vas a poner.

No me había olvidado de ese evento, espera con ansias ese día. Me encantaban los cumpleaños de quince. Comer sin parar, bailar hasta agotarse, cantar cumbia hasta quedarme sin voz. ¡Cómo me fascinan las fiestas! De todos modos, me limité a asentir mediante una sola palabra. Creo que ya se imaginan cual es.

Lo cierto es que no tardamos mucho más en encontrar el negocio. No fue difícil cambiar la prenda, pues Margarita sabía poseía guardada mi talla en su memoria. Salimos de allí, fuimos con remos y pasos rápidos hacia los baños. La vejiga de mi madre estaba por explotar en cualquier momento. Habíamos llegado, yo me quedé esperándola afuera. Pasaron unos minutos cuando algo inesperado me ocurrió.

De repente, un cuerpo me estaba empujándome hacia abajo, Una chica con cabellos ondulados cayó sobre mi pecho.

Me llamo Nina-dijo ella un instante después.

Confundido estaba, no sabía lo que pasaba. ¿Quién era aquella muchacha? Me preguntaba si alguna otra persona se presentaba con todos aquellos que cruzaban en su camino. Además de ella, claro. No hallé una respuesta a esa pregunta pero, aun así, me uní al juego.

Yo Felipe-dije sin saber que lugar ocuparía ella en mi vida.

Capítulo 9

Tenía miedo. No era la primera vez. Pero, aun así, un extraño terror dominaba cada milímetro de mi cuerpo. Inmóvil mis huesos quedaron, por unos instantes fueron estatuas. Ese maldito temor adhirió los pies al suelo, impidió que las articulaciones funcionen. Desconocía mi comportamiento, me preguntaba porque estaba tan aterrorizado. Mi mirada clavada en él estaba, ocultando todo el rencor que le guardaba. Se acumulaba hasta no aguantar más y explotar. Me llevó tiempo comprenderlo pero esa explosión me perjudicaba solo a mí. Dejaban heridas que nunca cicatrizaban, derramando litros y litros de sangre. Un dolor indescriptible me atacaba en aquellos momentos. Llantos desgarradores inundaban mis pensamientos, sollozos silenciosos e invisibles. La venganza me consumía, aquel maldito sentimiento se apoderaba de mí, controlándome como si fuera un juguete. El rencor me vendó los ojos, quedándome ciego. Mi impulso me conducía, un animal sin camino era.

Observé con atención cada movimiento de él. Caminaba pisando firme, mirando hacia adelante. Colgada del hombro llevaba su mochila sofisticada. Sacó el celular a la vista. Un iphone! 6 poseía entre manos. "Que cheto de mierda", pensé. En cuclillas, entre las hojas de arbustos espiaba aquella ridícula escena. Por la vereda de enfrente desfilaba mi objetivo. Esperaba que aparezca el momento adecuado para atacar. Un segundo pasaba volando pero los minutos parecían eternos. Desconocía el motivo porque no entraba en acción. Mi paciencia se estaba agotando. - ¡Eh!-grité, poniéndome de pie. Luego comencé a cruzar la calle, con mis puños cerrados-¡Defensor de duendes!

Él dio media vuelta y, al verme acercándome, no dudó en correr. Unos instantes después, el terror instalado en sus venas podía percibir. Veía los erizados pelos del cuerpo. Sentía como su corazón latía a toda velocidad. Una cascada de sudor le caía de las manos. Su nerviosismo me hacía sentir fuerte, poderoso. Esa insegura sensación que sentí se fue en un segundo. No tardé mucho en alcanzarlo. Lo tomé uno del hombro obligándolo a girar con fuerza. Cara a cara, pude observar el terror que irradiaba sus ojos. Aquello disfrutaba, poseer poder para provocar daño. Causar miedo en otros. Los siguientes minutos pasaron tan rápido como una ráfaga de viento.

Descargué toda mi bronca, desfigurando su perfecto rostro. Mis golpes lo tiraron al suelo. El celular salió disparando, acompañándolo. No fue necesario que pasara mucho tiempo para apreciar la pantalla del iPhone! 6 partida en mil pedazos. Patadas por todo el cuerpo le di. Cientos golpes lo invadieron mientras él suplicaba a gritos que me detuviera.

- ¡Pará!-rogaba-¡la concha de tu madre!

Yo, en silencio estaba. Hacía oídos sordos a sus peticiones. Me arrodillé

como un novio que está a punto de pedirle matrimonio a su novia. Lo tomé del buzo para seguir golpeándolo. Fuertes trompadas le di, creo que fueron las peores. Aquellos minutos lentos pasaron, cargados de furia y rencor estaban. Para la suerte de mi víctima mis manos llegaron al cansancio. Rojas las tenía, como su herido rostro. Un río de sangre corría por la cara de Santiago. Fue entonces cuando satisfechos mis sentimientos quedaron. Fue entonces cuando mi cuerpo logró liberarse de aquellas indescriptibles ansias de herir a alguien. Santiago echado en el suelo estaba, retorciéndose. Cubierto de moretones se hallaba, Su desfigurada cara me daba placer. Observo también su cortado labio ensangrentado.

Con una mano en el estómago él se dio media vuelta, ubicándose boca abajo. Me agaché y tiré de su cabello, levantándole la cabeza. Le dije, al oído, una pequeña sugerencia.

- ¿Sabes? No me gusta que los duendes como Felipe tengan defensores.- Informé-Así que te recomiendo que te mantengas alejado, no quieras ser el superhéroe que no eres. ¿Quedó claro?

Estas palabras, encerradas por una interrogación, las dejé escapar en un grito Santiago, empapado de miedo, movió su cabeza, asintiendo.

Lo solté y me incorporé. Acto seguido mis ojos dieron una vuelta de trescientos sesenta grados, comprobando que el peligro no estaba presente. Así fue, desierta la zona se hallaba. Como siempre, escapaba con un aura victoriosa, con debilidades disfrazadas y ocultas.

Sí, leyeron bien. Debilidades. Todos las tenemos, es inevitable. Solo que existen algunos como yo que sabemos disimularlas, disfrazarlas. Esconder angustias es mi especialidad. Rencores guardaba por mucho tiempo. Pero claro, llegaba un momento donde ya no encontraba lugares para ocultarlas. Era allí cuando explotaba, cuando un extraño desconocido me poseía. En aquellos instantes donde los impulsos actuaban por mí. Trataba de controlarme, aun así no lo lograba Odiaba ser mi propia víctima. Me lastimaba sin saberlo. Encarcelado estaba entre mis sentimientos. Esas emociones que me daban órdenes y yo, como un estúpido, las cumplía sin discutir. En un simple ruín de mierda me convirtieron aquellas sensaciones.

Camino hacía la Villa 31, donde está mi hogar y, mientras tanto, pienso; "Eso es mi vida...una porquería". Recién acababa de pasar por el frente de Plaza Roma. Desde allí hasta mi destino tenía unos tres kilómetros, bastante tiempo para pensar.

Miles de pensamientos se apretujaban en mi cabeza, formando una mezcla muy heterogénea, como la vida. Así era yo, pasaba del blanco al negro sin grises de por medio. Cambiaba mi temperamento, esa era mi gran debilidad. Aquella que me había conducido a cometer grandes errores, los cuales nunca perdonaré haber hecho. Hoy, lloro cada noche antes de dormirme por todas las heridas que causé, por todas las cicatrices que dejé. Vacío los ojos de lágrimas, porque la espalda me duele ya por la pesada mochila que cargo.

Fui considerado el típico matón del colegio durante los últimos años y no se equivocaban en pensar aquello. Me tenían miedo, abrían paso al verme pasar. Nadie quería estar cerca de mí. Nadie deseaba estar conmigo. Ni mis "amigos" se morían por tenerme a su lado. Solo me acompañaban porque yo los obligaba, para parecer, ante una multitud de estudiantes, fuerte. Les exigía hacer cosas que ellos no querían. Los amenazaba si se negaban. Les hablaba en tono agresivo, como si yo fuera su jefe, como si yo los controlaba. A veces, desear un poder obsesivo, tiene sus peores consecuencias. Todos, tarde o temprano, comienzan a alejarse de ti. Lo más gracioso es que tú no te das cuenta que te estas quedando solo como un perro. O si tienes conciencia de la situación, tu desesperación por revertirla aumenta. Pero, te puedo asegurar, que no lo consigues. Solamente lograste ahogarte en un mar profundo y hondo cada vez más. No quiero aburrirte con discursos de moral ni lo pretendo pero, por favor, ten presente lo que te diré ahora; te lo escribe y aconseja alguien que sufrió aquel tipo de situaciones.

El caso, caminé dos kilómetros hasta llegar mi destino, la famosa Villa 31 aquí en Argentina.

Sí, así es. Lo que acaban de ver con sus propios ojos es la Villa 31. Miles de casas apiladas una sobre otra ocultan el amanecer escondiéndose por el horizonte. Largas hileras de ropas volaban colgando de dos broches. Angostos pasadizos comunicaban a toda la villa. De vez en cuando, me abría paso corriendo las sabanas que, colgando de dos broches, se secaban a la luz del sol. A veces, observaba como niños de tres o cuatro años se paseaban con el torso y las piernas desnudas. Por unos segundos me dedicaban sus miradas inocentes mientras se chupaban los dedos pulgares. Le sorprendería saber cuánta conmoción me producía pensar que la mayoría de esos pequeños no podían soñar con un futuro. Aunque les cueste creerlo, no siempre era un tipo agresivo con los sentimientos congelados. Algún que otra señora encontraba barriendo a pocos centímetros de su casa. Solo las saludaba y seguía mi camino, Trataba de esquivar mis ojos cuando veía a chicos tirados en el suelo con la vista perdida y enrojecida por la cantidad de cocaína que habían ingerido a su cuerpo. Intentaba no ver fijamente a los grupos de muchachos agrupados, como queriendo ocultar su rostro. Pero, esa vez, mi cuerpo no se pudo resistir. Supongo que una pizca de curiosidad me invadió. Dirigí mi mirada hacia ellos y, uno de piel morena, cruzó sus ojos con los míos.

- ¿Qué mira´ vo´?-dijo con tono amenazador acompañado por un movimiento de la cabeza.

Aparté mi vista lo más rápido que pude. Seguí caminando sin mirar atrás, O al menos esa era mi intención. Aun así, los malditos impulsos actuaron, obligándome a volver a observar.

- ¡Te vamo´ a rompe´ todo guacho!-me dijo el mismo gritándome.

Yo no le hice caso y caminé hasta llegar a mi "casa". Así fue. Mis pies rogaban descansar cuando una torre de ladrillos y chapas se levantaba adelante.

Miré hacia la derecha y apreció como la señora González lavaba ropa de sus nueve hijos a mano. Sí, leyeron bien, nueve...y con padres distintos.

Ya lo sé, estarán pensando "esta mujer es una zorra". Tal vez, pero eso a mí por lo menos no me importa. Siempre fue amable conmigo, ¿porque la juzgaría? Lo cierto es que arrodillada estaba, con las manos bañadas en jabón.

- Buenas tardes-le dije.

- Hola nene-me saludó levantando su cabeza.

Me afirmé delante de la puerta oxidada de mi casa. Me acerqué a la ventana para espiar lo que yo esperaba ver. Pero no vi nada. Todo vacío.

- Tu viejo no asomó la cabeza ni una sola vez todavía-me comentó la señora González mientras se levantaba para luego secarse.

Giré con intenciones de escucharla. No debería haberlo hecho. Respiré hondo y dejé escapar un largo suspiro.

- ¿No lo vio en toda la mañana?-me atreví a interrogarla con un poco de preocupación en mi voz.

- Desde ayer querido-me informó-lo vi por última vez cuando saqué la basura.

Al oír esto, no dude en tirar la puerta abajo y entrar corriendo.

Mi casa no era gran cosa. Una simple mesita redonda se ubicaba en el centro con dos repartidas a ambos lados. A la izquierda, solo camas de madera desordenadas había. Montañas de ropa podía observarse sobre ellas. Del lado izquierdo un par de mesadas junto con una cocina y una heladera oxidada fingían ser algo que no era. El suave sol de la tarde se filtraba por detrás de las rosadas cortinas.

Esta vez vi lo que esperaba. No me sorprendió ver a mi padre tirado en el suelo rodeado de botellas de cerveza, casi agonizando.

- ¡Papá!-grité acercándome a él para auxiliarlo-¿Qué hiciste? ¡Te dije que te controlarás con el alcohol!

Lo tomé de las axilas y, arrastrándolo con fuerza, logré sentarlo en una de las sillas.

- Viejo-traté despertarlo dándole suaves palmadas en el rostro-te voy a hacer un café.

Así fue. Estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones. Gerardo chupaba nuestro poco dinero terminábamos con los roles invertidos; yo era su padre y él mi hijo. Cansado estaba de decirle que no tome más pero, como ya leyeron, parecía inútil. Exhausto me sentía de lidiar con aquella vida de mierda solo.

- Aquí tienes-le dije apoyando la taza sobre la mesa.

Una larga humeada salía del caliente café.

- Papá me tengo que ir a trabajar-le recordé-¿te quedas?

Logró mascullar un sí.

Alcé el balde, lo llené de agua, tomé la esponja y el limpia-vidrios. Luego comencé mi camino hacia la avenida 9 de Julio donde miles de autos pasaban cada día, lugar perfecto para limpiar sus parabrisas cuando los semáforos se ponen en rojo.

Capítulo 10

Capítulo 9:

Eran las 6:00 a.m. cuando crucé a la sala de control. Para los que no saben, trabajo como productora de un noticiero que se transmite por el canal 23 todos los días por el mediodía. ¿Por qué empezará desde tan temprano a trabajar? se preguntarán ustedes. Yo, como una persona que hace quince años ejerce esta profesión, les respondo: conseguir primicias, organizar móviles para cubrir una noticia o editar y preparar informes no es nada fácil y requiere de tiempo. Pero no me quejo, es mi trabajo. Agradezco cada día por tener uno.

El caso es que ellos allí estaban. Sentados frente a monitores se hallaban. Miradas encandiladas se veían por el gran brillo que desprendían las pantallas. Algunas tasas de café descansaban en los escritorios largando una brisa ahumada. Nadie había registrado mi presencia aun, con los auriculares en los oídos dudo que pudieran escuchar algo.

Buen día-dije apoyando la cartera sobre una mesa.
Hola Marga-me saludó Celeste con la mirada fija en la computadora.

Celeste. Mi fiel compañera y una de mis pocas amigas ahí dentro. Ella que, cuando apenas diagnosticaron a Felipe, fue la primera en consolarme.

Flashback

Así es. Recuerdo que era mi primer año trabajando allí. Solo veinticinco años tenía, éramos muy jóvenes con Alberto en ese entonces. Recién recibida de la universidad, me costaba entender que mi hijo iba a tener dificultades para caminar. Se me hacía terrible la idea de vivir entre médicos, no sabía cómo poder tolerarlo. Por momentos me asustaba pensar que él no pudiera llevar una vida "normal" como los demás. Aterrorizada me hallaba, no quería que Feli sufriera viviendo esa vida. Un miedo indescriptible se asentaba en mi interior al imaginarme el futuro de nuestra familia; terapia tras terapia, consulta tras consulta.

Hundida en un mar de angustias estaba. No sabía por dónde empezar ni hacia dónde dirigirme. No sabíamos nada sobre aquel mundo con Alberto. Aquella incertidumbre de querer ayudar a Felipe y no saber cómo me producía un gran nudo en la garganta.

Pero allí estaba Celeste para rescatarme de esas profundas aguas tristes.

Aquel día lo tengo grabado en la memoria. Recuerdo haber llegado la sala de control helada, con esas palabras atormentándome. Aquella mañana

habíamos tenido nuestra primera consulta con la doctora Garibaldi y su mirada hacia el futuro de Felipe no fue muy favorable. Sentía que una enorme tormenta se nos avecinaba pero, de pronto, el sol se asomó salpicándome de su resplandeciente luz. Aun así, sin palabras me la doctora Garibaldi. Necesitaba unos segundos para procesar toda la información que había escuchado. Realmente estaba paralizada.

Esa vez llegué al trabajo y no saludé a nadie. Deposité mi cartera en el escritorio al lado de Celeste. Fue entonces cuando miré fijo hacia delante, en actitud pensativa.

¿Marga?-me dijo Celeste intentando sacarme del trance-¡Ehhh!

Sentía el corazón presionando mi pecho. La incertidumbre me estaba asesinando por dentro. De repente, una cascada de lágrimas me empujaron hasta caerme sobre la silla. Pero no era un llanto como todos los demás. Este tenía algo en especial. Yo creo que aquellas gotas representaban la desesperación e impotencia que me encarcelaba.

Marga, ¿qué te pasa?-preguntó Celeste apoyándome su mano encima del hombro-¿Cómo les fue con esa médica?

Por unos segundos, llamé a la valentía para que me socorriera. No podía enfrentar la cruda realidad sola.

Pésimo-confesé-te juro que intento lidiar con esto, pero no puedo. Pero, ¿qué les dijo esa doctora?-preguntó Celeste al ver lágrimas deslizarse por mis mejillas.

Inhalé, sintiendo como cada molécula ingresaba a mi cuerpo por las fosas nasales. Exhalé, aquellos suspiros representaban mis temores y también las desganas. Cerré los ojos deseando creer que todo era un sueño o tan solo una broma de mal gusto...no era así.

Nos dijo que Feli tiene muchas probabilidades de no desarrollar el habla-le informé secando mis lágrimas-nos explicó que, observando los estudios que le habíamos hecho, encontró una lesión en el lóbulo frontal del cerebro. Además son muchas posibilidades que tenga dificultades para tragar alimentos. Ella cree que tendrá que alimentarse mediante un botón gástrico.

¿Qué es eso?-me preguntó Celeste intrigada, lo pude percibir en el tono de su voz.

Ni idea, no sé-le dije con sinceridad-¡estoy desesperada!

Al terminar la frase, una torrencial lluvia comenzó a caer de mis ojos. Un fuerte nudo se apretujaba en mi garganta. Aunque allí estaba el hombro

de ella para poder secar las amargas gotas.

Fin del Flashback

Con el paso del tiempo, aprendí a lidiar con esta realidad que me había tocado vivir. Ahora sé que mi tarea como madre de Feli es acompañarlo en su vida y ayudarlo a cumplir sus objetivos. Yo creo que él puede hacer lo que quisiese pero, el problema, es que muchas personas no piensan de esa manera.

Me costó aprender ser mamá de Feli, no por su condición física, sino porque eso trae la mochila más pesada. Las primeras veces, por ejemplo, no sabía cómo tranquilizarlo cuando lo veía cansado de estar en una constante lucha para estar mejor cada día. Instantes amargos, momentos inolvidables. Intransferibles son aquellas vivencias que se archivan en la memoria. Algunas llenas de felicidad, otras repletas de amargura. Aun así, allí estamos todos, para acompañarnos entre todos.

En fin, ahí estaba yo, dispuesta a sortear nuevos obstáculos.

¡Marga!-dijo Celeste chasqueando sus dedos delante de mis ojos.

Me había inmovilizado en un trance, como aquella vez. Aunque por motivos distintos.

¿Qué pasó?-pregunté repentinamente.

Te comentaba que hoy va estar Pablo como movilero en el Senado de la Nación cubriendo el pedido de desafuero y detención para Cristina Kirchner.

Ojala se haga justicia con esa corrupta de una vez por todas-comenté.

Además-continuó Celeste-cayó un pedófilo que fotografiaba a chicos desnudos. Viene un especialista a hablar sobre cómo hay que enseñarles a los nenes a cuidar su cuerpo.

¡Esos hijos de puta nunca van a desaparecer!-dije suspirando-¿Algo más?

Celeste reflexionó por un instante.

¡Ah sí!-recordó-viene una escritora que está haciendo furor por todas partes. Al parecer, sacó un libro del que está hablando el mundo entero. Clara Surbiño, ¿la conoces?

De repente, se me dio un vuelco al corazón. Ese nombre me aplastó hasta dejarme en escombros.

No-mentí-no oí hablar de ella.

Eran las 6:00 a.m. cuando crucé a la sala de control. Para los que no saben, trabajo como productora de un noticiero que se transmite por el canal 23 todos los días por el mediodía. ¿Por qué empezará desde tan temprano a trabajar? se preguntarán ustedes. Yo, como una persona que hace quince años ejerce esta profesión, les respondo: conseguir primicias, organizar móviles para cubrir una noticia o editar y preparar informes no es nada fácil y requiere de tiempo. Pero no me quejo, es mi trabajo. Agradezco cada día por tener uno.

El caso es que ellos allí estaban. Sentados frente a monitores se hallaban. Miradas encandiladas se veían por el gran brillo que desprendían las pantallas. Algunas tasas de café descansaban en los escritorios largando una brisa ahumada. Nadie había registrado mi presencia aun, con los auriculares en los oídos dudo que pudieran escuchar algo.

Celeste. Mi fiel compañera y una de mis pocas amigas ahí dentro. Ella que, cuando apenas diagnosticaron a Felipe, fue la primera en consolarme.

Así es. Recuerdo que era mi primer año trabajando allí. Solo veinticinco años tenía, éramos muy jóvenes con Alberto en ese entonces. Recién recibida de la universidad, me costaba entender que mi hijo iba a tener dificultades para caminar. Se me hacía terrible la idea de vivir entre médicos, no sabía cómo poder tolerarlo. Por momentos me asustaba pensar que él no pudiera llevar una vida "normal" como los demás. Aterrorizada me hallaba, no quería que Feli sufriera viviendo esa vida. Un miedo indescriptible se asentaba en mi interior al imaginarme el futuro de nuestra familia; terapia tras terapia, consulta tras consulta.

Hundida en un mar de angustias estaba. No sabía por dónde empezar ni hacia dónde dirigirme. No sabíamos nada sobre aquel mundo con Alberto. Aquella incertidumbre de querer ayudar a Felipe y no saber cómo me producía un gran nudo en la garganta.

Pero allí estaba Celeste para rescatarme de esas profundas aguas tristes.

Aquel día lo tengo grabado en la memoria. Recuerdo haber llegado la sala de control helada, con esas palabras atormentándome. Aquella mañana habíamos tenido nuestra primera consulta con la doctora Garibaldi y su mirada hacia el futuro de Felipe no fue muy favorable. Sentía que una enorme tormenta se nos avecinaba pero, de pronto, el sol se asomó salpicándome de su resplandeciente luz. Aun así, sin palabras me la doctora Garibaldi. Necesitaba unos segundos para procesar toda la información que había escuchado. Realmente estaba paralizada.

Esa vez llegué al trabajo y no saludé a nadie. Deposité mi cartera en el escritorio al lado de Celeste. Fue entonces cuando miré fijo hacia delante,

en actitud pensativa.

Sentía el corazón presionando mi pecho. La incertidumbre me estaba asesinando por dentro. De repente, una cascada de lágrimas me empujaron hasta caerme sobre la silla. Pero no era un llanto como todos los demás. Este tenía algo en especial. Yo creo que aquellas gotas representaban la desesperación e impotencia que me encarcelaba.

Por unos segundos, llamé a la valentía para que me socorriera. No podía enfrentar la cruda realidad sola.

Inhalé, sintiendo como cada molécula ingresaba a mi cuerpo por las fosas nasales. Exhalé, aquellos suspiros representaban mis temores y también las desganas. Cerré los ojos deseando creer que todo era un sueño o tan solo una broma de mal gusto...no era así.

Al terminar la frase, una torrencial lluvia comenzó a caer de mis ojos. Un fuerte nudo se apretujaba en mi garganta. Aunque allí estaba el hombro de ella para poder secar las amargas gotas.

Fin del Flashback

Con el paso del tiempo, aprendí a lidiar con esta realidad que me había tocado vivir. Ahora sé que mi tarea como madre de Feli es acompañarlo en su vida y ayudarlo a cumplir sus objetivos. Yo creo que él puede hacer lo que quisiese pero, el problema, es que muchas personas no piensan de esa manera.

Me costó aprender ser mamá de Feli, no por su condición física, sino porque eso trae la mochila más pesada. Las primeras veces, por ejemplo, no sabía cómo tranquilizarlo cuando lo veía cansado de estar en una constante lucha para estar mejor cada día. Instantes amargos, momentos inolvidables. Intransferibles son aquellas vivencias que se archivan en la memoria. Algunas llenas de felicidad, otras repletas de amargura. Aun así, allí estamos todos, para acompañarnos entre todos.

En fin, ahí estaba yo, dispuesta a sortear nuevos obstáculos.

Me había inmovilizado en un trance, como aquella vez. Aunque por motivos distintos.

Celeste reflexionó por un instante.

¡Ah sí!-recordó-viene una escritora que está haciendo furor por todas partes. Al parecer, sacó un libro del que está hablando el mundo entero. Clara Surbiño, ¿la conoces?

De repente, se me dio un vuelco al corazón. Ese nombre me aplastó hasta dejarme en escombros.

No-mentí-no oí hablar de ella.